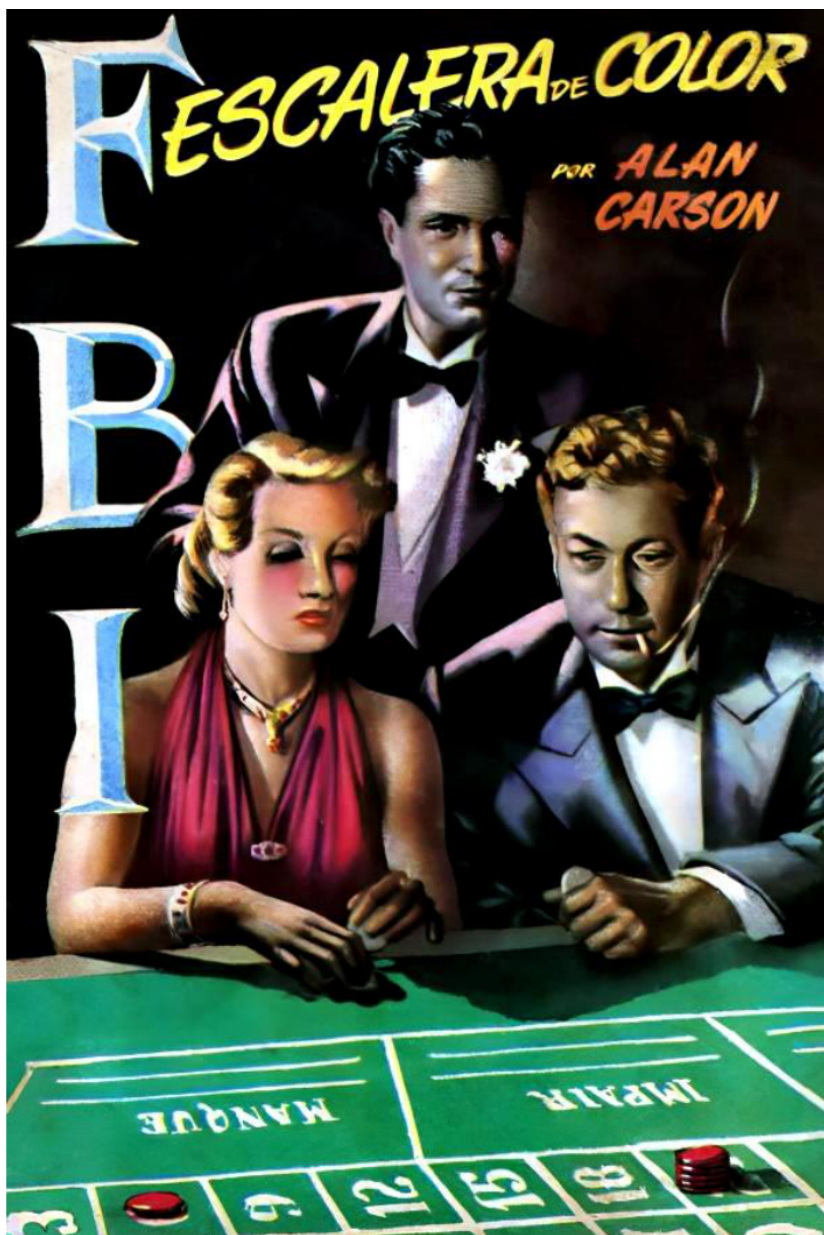




ALAN CARSON

ESCALERA DE COLOR



ALAN CARSON

ESCALERA DE COLOR



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



COLECCION F. B. I.

OBRA PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (8.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánker (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (8).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (5).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (8).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (4).

66. Hombres armados (10).
67. Pavorosa elección (5).
68. La bestia escarlata (3).
69. Huellas de ultratumba (11).
70. S. O. S. (8).
71. Billetes malditos (8).
72. Camino de perdición (12).
73. Camaradas enemigos (3).
74. A la deriva (8).
75. ¡Odio! (1).
76. Cita de madrugada (3).
77. «Killer» a sueldo (5).
78. Muerte en el atardecer (4).
79. Loup-Garou (3).
80. Punto final (5).
81. ¡Mirad a las sombras! (3).
82. Entre esas brumas... (5).
83. Tortura (13).
84. El confidente (3).
85. ¡Terror! (5).
86. El final de Rocco (5).
87. El vengador negro (1).
88. ¡Codicia! (8).
89. Sentenciado (6).
90. Secreto de Estado (4).
91. Alias «Lugger» (5).
92. Hora «D» (3).
93. Carne de horca (4).
94. Tráfico mortal (8).
95. Jack el Invencible (1).
96. Rastros perdidos (6).
97. Contrato siniestro (3).
98. Tralción sangrienta (14).
99. Al borde del abismo (5).
100. Crimen y justicia (1).
101. Hombres sin alma (3).
102. ¡Sabotaje! (8).
103. La marca trágica (5).
104. Misión suicida (4).
105. Lucha a muerte (5).
106. Rebelión (3).
107. Hampa de frac (1).
108. Caza mayor (4).
109. La muerte falsifica dolores (15).
110. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
111. De Harvard a Quantico (16).
112. El asfalto es rojo (5).
113. Tragedia en Chinatown (14).
114. Soborno (3).
115. Vida en deuda (17).
116. Aguas turbulentas (4).
117. La araña verde (8).
118. Contraespías (18).
119. Noches de Nueva York (5).
120. ¡Aniquilados! (19).
121. La risa sardónica (3).
122. Chantaje (4).
123. Canon de protección (20).
124. El misterio de los locos del aire (21).
125. El hombre de Whitechapel (5).
126. Al llegar la noche (8).
127. Ciudad vertical (22).
128. Hombres y bestias (1).
129. La máscara (3).
130. Destino manda (23).
131. Sin esperanza (4).
132. La tela de araña (24).
133. Una sombra... (5).
134. Sin nada que perder (4).
135. —Fidelidad, Brabura, Integridad (3).
136. —La ciudad prohibida (2).
137. —Fatalidad (5).

EN PREPARACION:

La muerte blanca.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dona Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Al Cortroa. | |
| (9) J. L. Martin. | | |

I



A polvorienta bombilla que colgaba del techo de la habitación y el rostro de brutales facciones y expresión sádica de Rocky Scott, fue lo último que el inspector del

F. B. I.

Brian Crowley, de la división de Nueva York, vio en este mundo.

Al apretar Scott el gatillo por tres veces, con morbosa complacencia, las balas penetraron en el pecho del maniatado inspector, que se derrumbó sin vida con un gesto de desprecio en sus ojos oscuros. Su cuerpo produjo al caer un ruido sordo, no mucho mayor que el de los disparos de su verdugo, cuya pistola estaba provista de silenciador.

Scott enfundó el arma, después de recargarla, volviéndose a mirar, orgulloso, a los tres individuos que habían presenciado el

crimen con fría indiferencia.

—Uno menos —murmuró, en tono siniestro, el asesino.

—Buen trabajo, compañero —comentó uno de los tres; hombre joven, de figura escuálida y cabello rubio—. ¿Qué haremos ahora con él?

—El jefe ha de decidirlo. No tardará en llamar.

—Convendría desembarazarse pronto del «fiambre» —intervino otro de los sujetos; un tipo corpulento, viejo y de rostro repulsivo—. Liquidar a un

«G-Man»

no es una tontería. Hay que andar con ojo.

—¡Bah! Que no me dieran a mi otra tarea queirme cargando tipos de éstos —repuso Scott, pavoneándose.

—Claro —apuntó, mordaz, el tercer individuo—. Teniéndolos así...

Señalaba con un gesto el cadáver del federal, tendido en el suelo, en trágica postura, con las manos atadas a la espalda y atadas las piernas con gruesas cuerdas.

Scott fulminó a su compinche con una mirada insultante, sin molestarse en replicar. Con estudiados ademanes de matón, encendió un cigarrillo.

Se hizo el silencio en la sucia habitación de paredes desconchadas, que contaba por todo mobiliario con una mesa desvencijada y unas cuantas sillas. Sobre la mesa se veía una botella de «*whisky*», un sifón y cuatro vasos.

Los forajidos tomaron asiento y durante un largo rato esperaron, bebiendo y fumando, sin cambiar apenas palabra. Scott consultaba de vez en cuando el reloj.

—Las once —murmuró—. Ya debía haber llamado.

—Y tanto —apoyó el viejo—. No es que yo sienta mucho respeto por los muertos, pero, la verdad, estar aquí encerrados con la carroña de ese maldito no tiene demasiada gracia.

—Cállate, Bill —ordenó Rocky, secamente—. El «boss» sabe lo que hace. Ya verás cómo llama enseguida.

Cual si fuera una confirmación a las palabras del «gangster», el timbre de un teléfono situado en un ángulo de la estancia comenzó a sonar.

Scott acercóse al aparato, apartando de un puntapié el cadáver

de Crowley, en torno al cual se iba formando un gran charco de sangre que teñía de rojo los azules baldosines.

—Al habla. Sí, señor. Asunto resuelto.

Se expresaba en un tono jactancioso y pedante, envanecido, sin duda, por lo que él debía considerar poco menos que una hazaña heroica.

Los tres hombres que le acompañaban atendían con interés a la conversación que sostenía el asesino. Scott escuchaba. Le vieron cambiar de color, palideciendo a medida que oía por el auricular, y abrir la boca en un gesto de incredulidad. Por su estrecha frente comenzaron a resbalar gruesas gotas de sudor. Y por fin:

—¡Imposible, jefe! No podemos hacer eso. Bien está que nos echemos encima a todo el

F. B. I.

de Nueva York por haber liquidado a Crowley, pero si hacemos lo que usted manda, no habría rincón de la tierra lo bastante lejano para ocultarnos.

Volvía a escuchar, mientras con un pañuelo que extrajo del bolsillo del pantalón se enjugaba la frente sudorosa. Al hablar de nuevo lo hizo en tono sumiso, de hombre acobardado. Parecía haberle abandonado de repente toda la jactancia de que hiciera gala a, raíz de asesinar al indefenso representante de la Ley.

—No es eso, jefe. Usted sabe que nunca me he arrugado ante nada ni ante nadie. Es que...

De nuevo escuchaba, moviendo inquieto los pies y dirigiendo tétricas miradas a sus compinches.

—Como usted mande. Lo haremos. Ahora bien: tiene que pagarnos más. No creo que encontrase en todo Nueva York a nadie capaz de semejante barbaridad. ¿Cinco mil? De acuerdo. No, no; realmente la materialidad de hacerlo... Lo malo será después.

Colgó. En las caras de los otros tres se reflejaba claramente la curiosidad que sentían por conocer las órdenes recibidas por Scott a través del hilo telefónico.

El asesino, con el rostro pálido, demudado, contempló un momento el cadáver. Sus ojos pequeños, de mirada huidiza, denotaban temor. Al encender un nuevo cigarrillo, sus manos temblaron visiblemente. No dijo nada.

Se aproximó a la ventana y apartando los sucios visillos estuvo

unos minutos mirando al exterior. Desde el día antes llovía sin cesar sobre la ciudad.

Una lluvia menuda, persistente; un cielo oscuro, triste, sin estrellas; la sucia calleja del Oeste del Bronx, mal pavimentada, con sus viviendas sórdidas, miserables; las luces de los faroles reflejándose débilmente en las húmedas aceras; de tarde en tarde algún transeúnte cruzaba rápidamente la calzada, sorteando los charcos. Era todo lo que Scott podía ver desde su observatorio. Y a lo lejos, recortándose sobre el negro fondo del cielo, las verdes, sombrías copas de los cipreses del cementerio municipal, eternos centinelas de la muerte.

Un «cop», que hacía su ronda en aquel sector, recorrió a pasos lentos la calle, con las manos hundidas en los bolsillos del impermeable reglamentario.

—¿Quieres contarnos de una vez lo que te ha dicho el «boss»? —barbotó, impaciente, el llamado Bill.

Rocky volvióse muy despacio hasta quedar frente a los tres «gangsters».

—Tenemos que esperar por lo menos hasta las cuatro o las cuatro y media.

—Bueno, ¿y qué? Me parece natural. No vamos a sacar el cadáver mientras todavía ande gente por la calle. ¿Ése es todo el misterio?

—No. Lo peor viene luego.

—Ya va siendo hora de que nos lo digas —exclamó el mismo que ironizara anteriormente sobre la facilidad de matar hombres maniatados.

La respuesta de Scott fue desconcertante.

—No lo diré hasta que llegue el momento. Tal vez, si os lo explico ahora, os echaseis atrás. Es algo duro.

—¡Maldita sea mi suerte! —masculló el otro sujeto—. No me gustan los asuntos confusos. ¡Habla ya!

—He dicho que no. Cobraréis mil más de lo prometido por el trabajo, si me obedecéis. ¡Por todos los diablos, que yo no quería hacerlo! Pero el jefe no admite disculpas. Manda y hay que obedecerle. Empiezo a creer —prosiguió, como hablando consigo mismo— que no está bien de la cabeza. En vez de procurar esconder el cadáver del «bofia» donde no pudieran encontrarlo en

mucho tiempo, se le ocurre... Por lo visto pretende desafiar al F. B. I.

de todos los Estados. ¡Y de verdad que se va a armar la gorda! En fin —terminó, encogiéndose de hombros—. He prometido que lo haríamos... y lo haremos.

Rocky Scott encerróse en un mutismo total, del que no lograron arrancarle las insistentes preguntas de sus secuaces.

Sentados alrededor de la vieja mesa, bebiendo, fumando y dormitando a ratos, los cuatro forajidos dejaron transcurrir seis horas, lentas y angustiosas.

El más joven, incapaz de dominar sus nervios, se levantaba con frecuencia de la silla para dar paseos a lo largo de la habitación. Era terrible para él, qué aún no hacía mucho tiempo que Ingresara en la banda, aquella espera nocturna en compañía de un cadáver.

El viejo Bill, aunque de carácter impaciente por naturaleza, tenía, en cambio, mucha costumbre de presenciar escenas macabras y no parecía impresionarle gran cosa la presencia del muerto. Sin embargo, dirigía a menudo miradas iracundas a Rocky Scott, por negarse éste a explicarles lo que iban a hacer con el asesinado.

Baxter muy dado a la ironía, lanzaba de vez en cuando frases mordaces, tratando de despertar la locuacidad del que los mandaba.

Scott, imparable, aunque con gesto preocupado, fumaba sin descanso y se servía abundantes porciones de «*whisky*», apurándolas de un solo trago.

A las cinco menos cuarto, el jovenzuelo se levantó una vez más de la silla, exclamando:

—¡No puedo aguantarlo! ¡Vamos de una vez donde sea!

—¡Siéntate y calla! —ordenó con voz autoritaria Rocky—. Ya falta poco.

Oyeron las cinco campanadas en un reloj próximo, y Scott, después de beber otro vaso de «*whisky*», ordenó:

—Desatadle.

Bajaron el cadáver cuidadosamente por la sucia escalera, cuyos peldaños crujían en el silencio de la noche, y entraron, con su lúgubre carga, en un automóvil pintado de color rojo oscuro.

Bill ocupó el volante y el coche partió a velocidad moderada, taladrando con la luz de sus faros la espesa cortina de lluvia que inundaba la noche...

De madrugada, el alegre lechero que, silbando una canción, desembocó tranquilamente en Simpson Street, creyó por un momento que sufría una alucinación. Después de avanzar unos cuantos pasos con cautela, restregándose los ojos, su alarido de espanto rasgó el silencio de la solitaria calle.

El sargento de guardia del cuartelillo cercano, al escuchar el incoherente y entrecortado relato del repartidor, que se presentó ante él temblando de pies a cabeza, le miró con expresión de recelo, exclamando:

—Escuche, amigo. Más vale que termine de despertarse antes de seguir hablando.

—Le digo que es cierto —afirmaba el lechero, tartamudeando—. Acabo de verlo. ¡Dios mío! ¡Es... horrible!

—Está bien. Vamos allá —el sargento llamó a dos de sus hombres, agregando—: Le aseguro que como se trate de una broma, lo va usted a pasar muy mal.

—Le juro que es verdad, señor.

Y lo era. Al llegar a Simpson Street, los policías pudieron contemplar, a la luz incierta del amanecer, el cuerpo de un hombre ahorcado en uno de los árboles que flanqueaban la calle, balanceándose suavemente a impulsos del viento.

Y el asombro de los guardias aumentó cuando, después de bajarle, descubrieron que el cadáver estaba acribillado a balazos; que tenía prendida en sitio visible la chapa de agente federal; y que sus documentos demostraban, sin lugar a dudas, que el muerto era Brian Crowley, uno de los más sagaces inspectores del

F. B. I.

de la División de Nueva York.

Una hora más tarde, la poderosa organización del «Federal Bureau of Investigation» se ponía en movimiento. Todos los servicios empezaron a funcionar como piezas de una máquina perfectamente lubricada. Una verdadera legión de agentes, espoleados por el deseo de castigar a los asesinos del inspector Crowley y vengar la afrenta recibida, entró en acción, desplegando una actividad asombrosa.

El cadáver fue minuciosamente examinado en los laboratorios especiales del

F. B. I.

Por desgracia, el cuerpo había estado expuesto a la lluvia y al viento y no se encontraron huellas de ninguna especie.

Se practicaron minuciosas investigaciones por los alrededores del lugar donde apareciera Crowley, sin resultado. Numerosos sospechosos fueron detenidos e interrogados inútilmente. Ni siquiera los más astutos confidentes pudieron arrojar luz sobre el caso.

El jefe de la División de Nueva York daba órdenes y más órdenes con creciente excitación, que se fue trocando en desánimo a medida que pasaban los días. Constantemente recibía partes de sus subordinados en relación con las pesquisas realizadas, pero ninguno apuntaba el más pequeño resquicio de esperanza.

Pasaron dos semanas y el asesinato de Crowley seguía impune. La Prensa, que en un principio había dedicado numerosas columnas al hecho, fue relegándolo a segundo término.

Un velo impenetrable de sombras se cernía sobre la extraña y misteriosa muerte de Brian Crowley...

II



IÉNTESE, Merrick. ¿Un cigarrillo?

Richard Merrick tomó asiento frente a la mesa, aceptando el cigarrillo que le ofrecían.

Los ojos penetrantes de John Edgar Hoover escrutaban el rostro del joven agente, con expresión afectuosa.

—Le he mandado llamar —prosiguió diciendo el director general del F. B. I.

— porque deseo confiarle una misión especial.

Hubo un gesto de sorpresa en el agente, más no hizo comentarios, esperando que su jefe se explicara.

—Ya veo que le extraña. Se está usted preguntando en este

momento cómo es posible que, habiendo tantos agentes veteranos, quiera encargarle a usted, recién salido de la Academia, un asunto importante. ¿Me equivoco?

—No, señor.

—Aquí tengo su historial completo —añadió Hoover, señalando una carpeta que había sobre la mesa—. Antes de ingresar en Quantico su vida no era muy... edificante.

—Sí, señor.

—Aunque parezca paradójico, ése es precisamente el motivo de haberle elegido. Deseo que sea sincero conmigo. Usted ingresó en el F. B. I.

no por vocación, sino por dos motivos estrictamente personales. Primero, la venganza. Segundo, el deseo de rehabilitarse ante su padre. Esto no lo dice su historial, más no resulta difícil suponerlo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor.

—Así me gusta. ¿Comunicó usted a alguien que pensaba ingresar en nuestra organización?

—No, señor. Hace mucho tiempo que estoy desconectado de mis amistades habituales, si es a eso a lo que se refiere.

—Muy bien. Creo adivinar que no le unen con su padre unas relaciones muy cordiales. Usted esperaba con impaciencia el momento de presentarse ante él y exhibir con orgullo su carnet y su placa de agente. Probablemente pensaba decirle algo así: «Ahí tienes, papá. El vago, el juerguista, el despilfarrador, se ha convertido en un hombre de provecho a la sociedad, sin ayuda de nadie. Pertenezco al

F. B. I.».

Y después intentaría emprender por su cuenta el camino de la venganza.

Richard Merrick tenía los ojos muy abiertos. Ya no chupaba el cigarrillo, que se iba consumiendo lentamente entre sus dedos. Miraba a su interlocutor, sin disimular el asombro que le producían sus palabras. Hoover sonreía.

—No ponga esa cara, Merrick. Estoy acostumbrado a conocer a las personas. Han desfilado ante mi muchas promociones de agentes. He visto de todo. Su caso no es único. Estas deducciones resultan sencillísimas repasando con cuidado sus antecedentes. Otra

pregunta: Además de haber satisfecho su anhelo de demostrar a su padre que es capaz de hacer algo útil sin ayuda ajena, ¿está dispuesto a servir lealmente al

F. B. I.?

La verdad, Merrick. Aún es tiempo de que se arrepienta.

Richard se puso en pie; aplastó la colilla en el gran cenicero de plata y, apoyando las palmas de las manos en el borde de la mesa, contempló con fijeza el rostro enérgico, aunque bondadoso, de su jefe supremo.

—Sí, señor. Estoy dispuesto. Es cierto que los motivos que me impulsaron a ingresar en Quantico, al menos los motivos principales, fueron los que usted acaba de exponer con tanta claridad. Luego, durante mi estancia en la Academia, he convivido con camaradas magníficos, animados de las más nobles ilusiones; me he encariñado con los profesores; he asimilado enseñanzas e ideas y adquirido unos conocimientos extraordinarios que a mí mismo me tienen asombrado. En una palabra, me he dado perfecta cuenta de que mi existencia anterior era una existencia vacía de contenido moral. Comprendo que para ser un buen agente es necesario anteponer el concepto del deber a cualquier otro sentimiento. ¿Qué desea de mí?

—¿Ha aprendido también a dominar sus emociones?

—Creo que sí. No es de las cosas que me ha costado más trabajo.

—Me alegro. Le va a hacer mucha falta. Va usted a volver a su vida de antes, Merrick. Va a tener que soportar los reproches de su padre, presentándose ante él tal y como era antes de abandonarle, o peor. Nadie debe saber que pertenece usted al

F. B. I.

Actuará solo, bajo la apariencia del joven millonario, juerguista y vago que siempre ha sido. Comprendo que esto es duro. No le importe. De usted depende que la farsa dure mucho o poco. ¿Alguna objeción?

—Pues... sí. Usted no ignora que mi padre es el fiscal de distrito de Nueva York. Ciertamente que me echó de casa y que no he vuelto a escribirle ni he sabido nada de él. Pero tenga en cuenta que un padre siempre es un padre, y tal vez el mío, a pesar de todo lo que ocurrió entre nosotros, y a pesar de que le asistía la razón al despreciarme, se haya preocupado en este tiempo de averiguar qué

ha sido de mí. Tiene medios para ello.

John Edgar Hoover volvió a sonreír, con una sonrisa amplia y cordial.

—Previsto —aclaró—. Nos consta que Reginald Merrick no ha vuelto a saber nada de su hijo. Hemos tenido buen cuidado de investigar con discreción ese punto.

—En ese caso, creo que podré hacer lo que usted pretende. Sólo falta que me explique cuál va a ser mi misión.

—¿Conoce a un tal Red Morrison?

—Sí, señor, Son pocas las personas del gran mundo neoyorquino a las que no conozco.

—Espléndido Necesito las pruebas necesarias para llevar a Morrison a la cárcel o, mejor aún, a la silla eléctrica.

El rostro de Richard Merrick se puso lívido. Sus ojos grises, que habitualmente tenían un gesto de burlón escepticismo, adquirieron una expresión de estupor sincero.

—¿Red Morrison? —repitió como un eco.

—El mismo. Ahora, fíjese bien en lo que voy a decirle. No tenemos más que sospechas acerca de Morrison. Puede que sea el que buscamos, y puede que no. Personalmente, creo que lo es, pero esto no quiere decir nada. ¿Ha oído hablar de lo ocurrido al inspector Brian Crowley?

—Sí, señor.

—Entonces ya sabe que fue asesinado a tiros y posteriormente lo colgaron por el cuello en un árbol de una calle del Bronx. Ha sido un acto intolerable de desafío a nuestra organización; la mayor ofensa que el

F. B. I.

ha recibido jamás. Por desgracia, no se pudo evitar que la cosa se hiciera pública, y ya puede imaginarse el revuelo que ha levantado.

—¿Quiere decir —interrogó, asombrado, Merrick— que Red Morrison es el culpable del asesinato de Crowley?

—Directamente, no lo sé; indirectamente, desde luego. Crowley llevaba algún tiempo, por encargo directo mío, tras la pista de una organización que trafica en moneda falsa, drogas y otra serie de cosas. Debió llegar a infiltrarse en algunos de los «gangs», fue descubierto y lo mataron. Lo mataron a tiros y estando atado de pies y manos, según se desprende claramente del informe de los

peritos. Después, para darnos una bofetada moral, lo colgaron de un modo ignominioso.

—Un acto repugnante y un poco estúpido.

—Propio de alguien que se cree más poderoso que el

F. B. I.

y quiere demostrarlo. Tal vez no sea una persona normal. Lo malo es que el

F. B. I.

de Nueva York se ha volcado materialmente, tratando de dar con los asesinos del inspector Crowley, sin resultado hasta ahora. Hace ya cerca de un mes y no sabemos nada. Nuestro prestigio y decoro profesional están en juego y hay que dejarlos en el lugar que corresponde.

—Comprendo, señor.

—Volviendo a Morrison; tengo la casi seguridad de que es el jefe de la banda que Crowley quería descubrir. Hay muchos indicios que apuntan hacia él, aunque todos muy vagos. Se trata, además, de un individuo astuto, inmensamente rico, influyente, y no podemos arriesgarnos a dar un paso en falso. Y esto es lo que quiero de usted. Que encuentre pruebas. La forma de llevar a cabo las investigaciones queda a su propia iniciativa. Le repito que es muy importante que su personalidad permanezca en secreto. No debe decírselo ni siquiera a su padre, aunque le duela, pues la menor indiscreción le costaría la vida. Al contrario; para ganarse la confianza de Morrison y de los que le rodean, habrá de dar la impresión a todos de que no tiene trato alguno con el fiscal. Usted tiene fácil acceso al mundo que Morrison frecuenta. Puede investigar sin despertar sospechas. Y si representa bien su papel es muy probable que logre descubrir lo que deseamos.

—Trataré de hacerlo.

John Edgar Hoover se puso en pie y, sacando de un cajón de la mesa un voluminoso sobre, lo alargó a Merrick.

—Aquí tiene todos los detalles que poseemos sobre las actividades de Morrison. Aunque no le servirán de mucho, léalos y los destruye después. En caja le darán el dinero necesario.

—¿Algo más, señor?

—No recurra a nosotros más que en caso desesperado. Tenga siempre muy presente lo que le sucedió al pobre Crowley. Ahora

bien; si llega el momento de apresar a Morrison y a los suyos, ya sabe que el

F. B. I.,

con toda su fuerza, estará tras de usted. Bastará con que haga una llamada telefónica a Centre Street y diga, al que sea, que la sogá se vuelve del revés, para que sigan sus instrucciones.

—Perfectamente, señor.

—Si le es posible, a los asesinos de Crowley los quiero vivos.

—Lo tendré en cuenta.

Se estrecharon las manos. Llegaba Merrick a la puerta, cuando Hoover, que se había acercado a la ventana y contemplaba, abstraído, la calle, dijo, sin volverse:

—Me olvidaba una cosa. Es fácil que si consigue llevar a Morrison a la silla y destruir su organización, haya acabado también con los culpables morales de la muerte de su hermana.

Richard Merrick se envaró. Hizo un gesto en el que se mezclaban el dolor y la sorpresa.

—¿También sabía eso, señor?

—Hay pocos detalles que desconozcamos sobre la vida de los hombres que ingresan en Quantico. Sin embargo, no debía haberlo dicho. Espero que no se deje arrastrar por el afán de venganza. Vaya con cuidado, muchacho, y... buena suerte.

Richard Merrick abandonó el despacho de su superior con semblante preocupado. Para ser su debut como agente federal, le habían preparado una buena.

En la calle, caminó a buen paso en dirección al hotel donde se alojaba. Nunca pudo imaginar que a las primeras de cambio fuesen a encomendarle un caso de tanta importancia, y mucho menos que para ello hubiera de renunciar por algún tiempo a recobrar la estimación de su padre.

Richard Merrick quería mucho a su padre. Se daba cuenta de que el viejo fiscal, hombre de enorme fortuna y de principios severos, tenía que estar decepcionado con su único hijo, y que sus últimos años no eran precisamente alegres.

El, Richard, había deseado con verdadera ansia regenerarse, no tanto por sí mismo como por la alegría que con ello iba a proporcionar al autor de sus días. Y ahora...

Hasta los veintitantos años, Richard Merrick no hizo nada de

provecho. Estudió la carrera de abogado a trancas y barrancas. Más que estudiar, aprobó las asignaturas, gracias a su inteligencia, asimilándolas en pocas horas, muy por encima, las vísperas de los exámenes. Cosechó también algún suspenso que otro.

Con el título en el bolsillo se abría ante él un brillante porvenir. De haber tenido otro carácter, el apoyo de su padre, la gran fortuna que poseía, sus numerosas influencias en todas las esferas sociales y particularmente entre las gentes de leyes, habrían facilitado grandemente el triunfo de su hijo.

La ilusión de Reginald Merrick era que Richard siguiera sus mismos pasos. No obstante, no puso ninguna objeción a los reparos del joven, al que la tarea de fiscal no parecía agradarle. Le propuso entonces que montara un bufete. Ya irían llegando clientes. El muchacho no tenía necesidad de ganar dinero enseguida...

Muchos proyectos y... escasas realidades.

A Richard, que tenía algún dinero propio, heredado de su madre, no le preocupaba el futuro. El joven abogado no hacía más que emborracharse, jugar, asistir a fiestas y practicar deportes.

Al principio, Reginald Merrick no le decía nada.

«Es natural —pensaba—. Un hombre joven, que se asoma ahora a la vida, debe divertirse un poco. No va a ser como yo, dedicado siempre al trabajo y enemigo acérrimo de las diversiones y de frecuentar el trato en sociedad. Ya sentará la cabeza».

Pasaron algunos meses y Merrick padre empezó a sentirse preocupado. No solamente su hijo no sentaba la cabeza, sino que, por el contrario, se había lanzado a una existencia disparatada y no llevaba trazas de rectificar.

Los primeros reproches fueron tan cariñosos como estériles. La energía de Reginald Merrick se estrelló contra la frivolidad de Richard, que cada día, ante los sermones paternos, prometía cambiar y emprender un camino digno y decoroso. Todo se quedaba en propósitos.

Rodeado de una corte de amigos y amigas, que le adulaban sin cesar, el joven no salía de las casas de juego, de los «*night-clubs*» y del Madison Square Garden. El hecho de que no tuviera que recurrir a su padre para pedirle dinero, facilitaba las cosas.

Reginald Merrick obtuvo del Banco informes privados y supo que la pequeña fortuna particular de su hijo iba disminuyendo

rápida. No podía durar. El fiscal se dijo que muy pronto Richard se vería obligado a acudir a él en demanda de fondos y ése sería el momento propicio para cortarle las alas.

Desgraciadamente, por entonces ocurrió lo de Myriam.

Myriam era la hermana de Richard, cuatro años más joven. Una muchacha rubia, de rostro encantador y alegre carácter. Se hallaba en la Universidad durante la época en que el tráfico de drogas había llegado a su punto culminante.

Los que se dedicaban a tan repugnante negocio extendieron sus tentáculos por todos los ámbitos del país. Además de los lugares de diversión, «*cabarets*», salas de fiesta, tabernas y garitos, utilizaron también, por medio de agentes desaprensivos, los colegios y universidades como sitios propicios para la venta de drogas a una juventud que, un tanto desmoralizada por la guerra, se mostraba dispuesta a conocer cuánto pudiera significar una nueva emoción.

Reginald Merrick fue avisado por el rector de la Universidad en la que estudiaba su hija, interna.

Al igual que tantas otras muchachas norteamericanas, ingenuamente ansiosa de sensaciones, Myriam había empezado por fumar marihuana; de la marihuana pasó a la cocaína; de ahí a la morfina... Fue un caso tristemente rápido de intoxicación.

Cuando la trasladaron a su domicilio, era una sombra de la joven sana, alegre y simpática de unos meses antes. Sus ojos claros, luminosos, aparecían hundidos, sin brillo. Tenía algunas arrugas prematuras... Puesta en tratamiento por los mejores especialistas del país, nada se consiguió.

Aquella preocupación hizo olvidar momentáneamente al fiscal las calaveradas de su hijo, el cual continuaba haciendo la misma vida desordenada y absurda, sin percatarse de la importancia que tenía el estado de su hermana.

Lo peor fue que Myriam, inteligente y con una clara visión de las cosas, se daba cuenta en sus momentos de normalidad de lo que la ocurría y no se hacía ilusiones respecto a una posible curación.

Ni el cariño paterno, ni la constante y leal asistencia de los médicos, lograron levantar su ánimo deprimido. Reconcentrada en sí misma, silenciosa y triste, iba rumiando a solas su tragedia en el lento transcurrir de las horas.

Una tarde del mes de noviembre, lluviosa y gris, la muchacha

sufrió un fuerte ataque. Reginald Merrick, alarmado, pidió una ambulancia, trasladándola rápidamente al Medical Center.

Los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles. Le falló el corazón y a las dos horas de ingresar había muerto. En sus últimos minutos tuvo una lucidez mental completa. Requirió la presencia de un sacerdote y habló luego un largo rato con su padre, preguntando con insistencia por Richard.

Pero las gestiones telefónicas realizadas por Reginald para tratar de localizarle, llamando a todos los lugares donde podría encontrarle, resultaron infructuosas.

Y el viejo fiscal, en la más amarga ocasión de su vida, cuando tanto hubiera necesitado de la compañía de su hijo, se vio privado de este consuelo y se encontró solo viendo morir a Myriam.

A medianoche, Reginald Merrick, destrozado moralmente, abandonó el Medical Center, regresando a su domicilio. No se sentía con fuerzas para prolongar su estancia en el hospital, donde ya su hija reposaba en la capilla ardiente.

A las cuatro de la madrugada, el joven Merrick, completamente ebrio, llegó a su casa, ignorante de lo que había sucedido. Atravesaba el «*hall*» con pasos no muy seguros, cuando oyó la voz de su padre llamándole desde el despacho. Se detuvo. Era extraño que el viejo estuviera levantado a aquellas horas...

La escena fue terriblemente dura.

A pesar del alcohol ingerido, Richard, desde el umbral, adivinó instintivamente que algo anormal sucedía. Su padre parecía haber envejecido diez años. Sentado ante la mesa, le miraba con expresión de amargura; una expresión que Richard tardaría mucho tiempo en olvidar. Las palabras restallaron como latigazos en el silencio nocturno.

—Mientras tu pobre hermana agonizaba en el hospital, llamándote, tú, ¡desgraciado! de juerga, bebiendo como un insensato y alternando con tahúres y mujerzuelas de la peor especie. ¿Tienes algo que decir?

Richard sintió que la borrachera le desaparecía de pronto, a pesar de lo cual no lograba pronunciar palabra. Su mente era un caos espantoso. La voz moría, estrangulada, en su garganta. Era demasiado horrible que su hermana... Y aquella mirada del padre, acusadora, rezumando desprecio como si él, Richard, en vez de su

hijo fuera un criminal sentado en el banquillo de los acusados.

—Padre —pudo articular al fin—. ¿Qué dices? ¿Qué le ha pasado a Myriam?

—Ha muerto.

—¡Dios mío!

Hubo un largo silencio en el enorme despacho iluminado débilmente por la pequeña lámpara de luz azulada que había sobre la mesa. Un silencio tenso, ominoso, casi palpable...

Reginald Merrick seguía mirando a su hijo, que permanecía en pie, con los negros cabellos en desorden, el lazo del «*smoking*» torcido, los enrojecidos ojos muy abiertos, los hombros caídos hacia delante, la frente cubierta de gruesas gotas de sudor...

El viejo Merrick pareció concentrar todas sus energías en el gesto imperioso con que señalaba la puerta, ordenando, con voz de trueno:

—¡Vete!

—Papá... —dijo el borracho, en tono suplicante.

—¡Vete! ¡No vuelvas nunca! No te conozco... —La voz de Reginald Merrick se fue apagando. Volvió la cara hacia la ventana, sobre cuyos cristales repiqueaba la lluvia.

Richard Merrick, con la cabeza baja, salió.

Estaba en la calle. Bajo la tremenda impresión sufrida, sin abrigo ni sombrero, notando aún los efectos del «*whisky*» en el cuerpo y el dolor en el alma; atontado, incapaz de pensar ni de coordinar las ideas, caminó sin rumbo por las calles de Manhattan, azotadas por la lluvia, sin prestar atención a nada; insensible al agua que iba calando su «*smoking*», insensible al frío...

Por primera vez desde su infancia. Richard Merrick supo lo que era llorar. Lloraba de rabia; lloraba de remordimientos; lloraba de pena por su hermana muerta.

Fue inútil que tratara de disculparse a sí mismo, diciéndose que él no era culpable de la muerte de Myriam; que él no podía haber adivinado lo que iba a pasar, para poder estar junto a su padre en aquel trance angustioso. En el fondo, reconocía lo indecorosa que había sido su vida últimamente y se confesó, analizando con sinceridad su conducta, que, en definitiva, no tenía nada de extraño que el luctuoso acontecimiento le hubiera sorprendido fuera de casa. Al fin y al cabo, nunca estaba en ella.

Sumido en sus tristes recuerdos, llegó al Hotel Majestic, en Jackson Street de Washington, donde se alojaba, y acercándose al «comptoir», solicitó del empleado:

—Mi llave, por favor.

—Al momento.

Estaba apoyado en el mostrador, esperando, cuando oyó a sus espaldas una voz femenina, muy conocida. Una voz...

—¡Richard!

Volvióse lentamente para quedar frente a una joven, elegantemente vestida, que le contemplaba con extraña expresión.

—¡Virginia! ¡Qué sorpresa, chiquilla! Tanto tiempo sin vernos... ¿De dónde sales?

—De mi cuarto —respondió la muchacha—. Y tú, ¿qué haces en Washington?

Se contuvo a tiempo. Iba a decir lo que no debía. ¡Tenía tantas ganas de decírselo a alguien! Las palabras de Hoover acudieron oportunamente a su memoria. Adoptando un aire burlón, un poco cínico, y sonriendo con pedantería, repuso:

—Ya ves. Por aquí, de paso. Voy de un lado a otro desde hace tiempo, procurando divertirme todo lo que puedo.

En los ojos oscuros y profundos de Virginia Cleve brilló una llamita de desprecio.

—Ya —dijo simplemente.

—¿Hace mucho que faltas de Nueva York pequeña? —La llamaba, sin darse cuenta, como en otros tiempos lejanos.

—Unos días. Acabo de llegar de Washington con mi padre, pero mañana a mediodía regresamos a Nueva York.

—También yo voy allí.

—¿De veras?

—Sí. Mañana, en el primer avión. Cuéntame cosas de allá. Hace dos años que no he ido ni me he encontrado con ninguno de mis amigos antiguos.

—Y ¿qué voy a contarte? No creo que lo que pudiera decirse te interese.

—Eso depende. ¿Has visto al viejo?

Virginia le miró fijamente, de un modo insultante. El seguía sonriendo con displicencia.

—¿Te importa mucho?

—Claro. Es mi padre.

—Pues no lo demuestras. Le sigo visitando con frecuencia... como siempre. Está bien.

Richard recogió la llave que le tendía el conserje, y dando una palmadita en la mejilla de Virginia, dijo:

—Me alegro. Ya veo que no tienes muchas ganas de hablar conmigo. Acaso nos veamos en Nueva York. ¡Adiós!

Se dirigió al ascensor, tarareando una cancioncilla. Un «botones» mantenía abierta la cancela para que el cliente entrara.

—Richard... —ella le llamaba de nuevo.

—¿Qué?

—Vamos a charlar un poco. ¿Quieres?

—Bueno —respondió él, encogiéndose de hombros.

Pasaron a un saloncito, tomando asiento, uno frente al otro, en sendos butacones de cuero. El joven, cruzando desenfadadamente las piernas, encendió un cigarrillo.

—Dime: ¿qué has hecho en estos dos años?

Merrick maldijo mentalmente a John Edgar Hoover, al

F. B. I.

y al mundo entero. Podía haberle dicho a Virginia: «Soy agente federal. Número cuatro de mi promoción. ¿Qué te parece? Estoy seguro de que para el viejo va a ser la mayor satisfacción de su vida».

En lugar de eso, replicó, al tiempo que exhalaba una eran bocanada de humo:

—Nada. Cuando uno está acostumbrado a un género de vida, es difícil cambiar. He intentado varias veces trabajar y no he tenido suerte.

—Siempre tuve la esperanza de que a raíz de tu desaparición de Nueva York rectificarías tu conducta. ¿Por qué te fuiste?

—Mi padre me echó de casa violentamente. ¿No lo sabías?

—Sí. Y tú no intentaste volver.

—Estás mal informada. Lo intenté al día siguiente, después de haber pasado la noche más amarga de mi vida. Asistí al entierro de la pobre Myriam, y estuve junto a él, recibiendo pésames. Al terminar, se fue sin decirme adiós, sin mirarme siquiera.

—También estoy enterada de eso. No creo que fuera la ocasión más apropiada. Tu padre tenía muchos motivos para estar

descontento de ti. Te expulsó de su casa en un momento en el que no era dueño de sus nervios. Si te hubieras dirigido a él unos días después, cuando ya había pasado lo peor...

—Tonterías. El viejo es duro. No me hubiese recibido de ninguna manera. Tuvo la oportunidad de hacerme, por lo menos, una insinuación durante el entierro. No lo hizo. Yo también tengo mi orgullo. Eso es todo.

—Lleva dos años con la esperanza de recibir alguna noticia tuya, y ni siquiera le has escrito.

—Tampoco me ha buscado.

—Eres tú el que está en el caso de pedir perdón. No él.

—Eso se dice muy fácilmente. Si estuvieras en mi lugar, tal vez no vieras el problema del mismo modo.

—Eres injusto, Richard. Quisiera creer que lo eres inconscientemente. Parece como si fueras tú el ofendido. Pues óyeme bien. Me vas a decir que no tengo ningún derecho a hablarte así. Me tiene sin cuidado. Nos conocemos desde la infancia, hemos jugado juntos de pequeños, fui la mejor amiga de tu hermana y entre nuestras familias existe una antigua amistad. Por eso me creo autorizado a decirte...

—¿Qué? —interrogó, irónico, Richard.

—Que eres despreciable —afirmó la muchacha, con pasión—. Cualquier otro, en tu caso, hubiera reaccionado, hubiera tratado de borrar sus culpas haciendo algo útil para reconquistar el afecto de ese padre, que sufre en silencio esperando tal vez un milagro. Claro que para eso hace falta ser un hombre, y tú no eres más que un mequetrefe cobarde.

—¿Ha terminado el sermón?

Virginia Cleve se puso en pie. Estaba realmente hermosa. El rostro, arrebatado; los ojos, despidiendo llamaradas de indignación, clavados en el hombre que tenía delante. Richard, con el humeante cigarrillo en los labios, la contemplaba a través de las grises espirales de humo, sonriendo entre burlón y aburrido. Por un momento pareció que la muchacha iba a decir algo más. Se contuvo, y girando rápidamente sobre sus talones abandonó el pequeño salón.

Richard Merrick la vio marchar, admirando su armonioso cuerpo, sus bien moldeadas piernas, enfundadas en las finas medias

de nylon; el negro y corto cabello, graciosamente ondulado...

Sonrió con amargura. ¡También era casualidad haberse encontrado con Virginia! La presencia de la muchacha había renovado otra vez sus dolorosos recuerdos.

Evocó los meses que siguieron a la muerte de su hermana, en Nueva York, emborrachándose casi a diario, desmoralizado, hundido. El alcohol no era suficiente lenitivo a sus remordimientos, no conseguía hacerle olvidar su triste situación. En su interior luchaban sin tregua la parte buena, honrada y noble que había en él, y ese otro «yo» apático e indiferente que le arrastraba sin remedio pendiente abajo.

Se marchó a San Francisco, pensando que tal vez el cambio de ambiente influyera de modo favorable en su ánimo. Fue inútil. Seguía rodando hacia el abismo. Su complejo espíritu fluctuaba entre el deseo de regresar al hogar para hacer las paces con su padre y un estúpido orgullo que ponía freno a este deseo.

La idea de vengar la muerte de su hermana y de realizar algo que le sirviera para rehabilitarse ante los demás y ante sí mismo llegó a constituir para él una verdadera obsesión. Pero no se le ocurría nada, y continuaba dejándose vencer por la apatía y la holganza.

Hasta que un día, el Destino, apiadándose de él, se interpuso en su vertiginoso descenso a la sima del vicio y del deshonor en la persona de Frank Lester.

Frank Lester y él habían estudiado en la misma Facultad y fueron muy amigos durante los años de carrera. Hacía mucho tiempo que nada sabían el uno del otro. Se encontraron a mediodía, por pura casualidad, en un bar de Chinatown, y decidieron comer juntos. Merrick supo que su amigo era agente del F. B. I.

—Estoy encantado, chico. Actividad, emociones, buena paga. Lo que a mí me gusta. No sirvo para estar metido en un despacho.

Le observó detenidamente. Alto, fuerte, simpático, rebosando seguridad en sí mismo... Comía con un apetito envidiable. ¡Qué distinto de él!

Su amigo seguía hablándole, refiriéndole cosas de su vida, optimista y alegre. En la mente atormentada de Richard germinó de pronto una idea.

—Oye, Frank. ¿Tú crees que yo podría ingresar en el F. B. I.?

—Seguro. Tienes el título de abogado, estás bien de salud... Acaso pueda ayudarte.

Los agentes del

F. B. I.

se dedicaban, entre otras muchas cosas, a perseguir a los traficantes de drogas. El día que él, Richard, tuviera su carnet, su placa y una pistola en el bolsillo. La muerte de Myriam debía ser vengada. Los que la suministraron las drogas andarían aún por el mundo, con toda seguridad, envenenando a otras infelices. Y en cuanto a su padre, ¿qué diría al enterarse?

Obtuvo el ingreso. Espoleado por aquellas dos ideas, estudió con ansia, casi con furia. Los numerosos deportes y ejercicios físicos que practicaba en la Academia devolvieron a su cuerpo el vigor perdido. Poco a poco, el ambiente le fue absorbiendo, y Richard Merrick, que tenía la virtud poco común de conocerse a sí mismo, comprendió que estaba salvado.

Llegó el final de curso. El momento tanto tiempo deseado. Era alguien. Se sentía sano de cuerpo y de espíritu. Volvería a su casa. Se imaginaba ya a su padre diciéndole, poco más o menos: «Bien, hijo. Celebro que hayas sabido reaccionar a tiempo. No quisiste ser fiscal, y en cambio te has hecho agente del

F. B. I.

Una profesión mucho más arriesgada. No importa. Desde cualquiera de esos dos puestos se sirve a la Justicia».

Le ordenaron presentarse en Washington. ¿Para qué? Ahora ya lo sabía...

Quizá la misión que el director general acababa de confiarle iba a ser un modo de expiar errores pasados. No podría presumir de su condición de agente federal, no podría pregonar a los cuatro vientos su regeneración...

«Va usted a volver a su vida de antes, Merrick. Va a tener que soportar los reproches de su padre, presentándose ante él tal y como era antes de abandonarle, o peor... Comprendo que esto es duro».

Las palabras de John Edgar Hoover resonaban en su cerebro. ¡Claro que era duro! Sin embargo, estaba decidido a cumplir. Terminaba de sufrir una prueba difícil al encontrarse con Virginia

Cleve. ¡Virginia! Hubo un tiempo en que estuvo enamorado de ella. Luego se distanciaron. Se distanció él, mejor dicho.

Había sido cruel tener que aparentar ante ella aquel cinismo, aquella indiferencia. La muchacha le despreciaba, le consideraba menos que un cobarde.

Pero aún sería mucho peor enfrentarse con su padre...

Se levantó suspirando. Era preferible no pensarlo. Tenía que hacer el equipaje.

III



la mañana siguiente, Richard Merrick se apeaba de un «taxi» ante una lujosa residencia de Lexington Avenue, en Nueva York.

—Espere aquí —ordenó al conductor—. No sé si me quedaré o me tirarán por la ventana.

El aspecto de la elegante mansión del fiscal Merrick no había cambiado nada en aquellos dos años. Acaso la verja del jardín estaba ya necesitando una mano de pintura, y la puerta, a juzgar por el chirrido que produjo al abrirse, requería un poco de grasa en los goznes. Lo demás...

Hasta las amarillentas hojas caídas en el suelo parecían las mismas, como si los árboles no hubieran florecido dos veces durante aquel tiempo.

Se detuvo un momento en el sendero que atravesaba el jardín,

sin poder evitar que le embargara una honda emoción. Sus ojos recorrieron la fachada de la casa, ensombrecida por la hiedra; los pequeños setos de boj; el diminuto estanque, con la pétrea figura de un niño desnudo en el centro; los esbeltos álamos, cuyas copas oscilaban suavemente a impulsos de la brisa; la pareja de pinos solitarios, rectos y altivos, muy próximos uno de otro, entre los cuales, de niños, acostumbraban Myriam y él a colgar el columpio...

Con elásticos pasos recorrió el sendero, subiendo de un salto los cuatro peldaños de piedra. Hizo un esfuerzo para conservar la serenidad y oprimió el pulsador del timbre con energía tres veces consecutivas.

Abrió la puerta un viejo criado, cuya severa expresión era un mudo reproche contra aquella forma de llamar. Al ver al joven, una ancha sonrisa apareció en el rostro del sirviente.

—¡Señorito Richard! ¡Ésta sí que es una buena sorpresa!

—Buenos días, Robert —saludó en tono jovial el recién llegado—.

Mucho te extraña verme.

—Hace tanto tiempo que no sabíamos nada de usted...

—Pues aquí me tienes. ¿Está el viejo?

—El «señor» —repuso Robert, acentuando intencionadamente la palabra— está desayunando.

—Estupendo. Yo también tengo hambre. Trataré de que me invite a desayunar con él. Tengo el equipaje en el «taxi». No lo mandes traer todavía.

—¿No piensa quedarse? —Había cierto desencanto en la pregunta del criado.

—Depende. ¿Crees que el viejo me recibirá?

Las facciones de Robert se tornaron graves. Dudó un momento antes de contestar:

—Sí. Yo creo que sí.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien, aunque no es el mismo de antes.

—Comprendo.

Richard dio una palmada cariñosa en el hombro de Robert, y luego de atravesar el espacioso «hall» penetró decidido en el comedor.

Era una pieza de grandes dimensiones, amueblada con lujo y buen gusto. El amplio ventanal se abría sobre uno de los laterales

del jardín y el tímido sol otoñal penetraba a través de los cristales. Una gruesa alfombra cubría por completo el suelo. Sobre el aparador, de caoba, un primoroso juego de café, de plata, acariciado por los rayos solares, refulgía con brillantes destellos. Dos cuadros de gran valor adornaban las paredes derecha e izquierda. Del techo pendía una enorme araña de cristal de roca. En la chimenea ardían unos troncos de encina, y junto a ella, el cómodo tresillo de cuero invitaba a contemplar de cerca el rojo resplandor de las llamas. En el centro, la larga mesa, y a su alrededor, las sillas de alto respaldo. Todo era cálido, acogedor y amable en aquel comedor, cuyo estilo recordaba el de las aristocráticas mansiones inglesas.

Reginald Merrick levantó la cabeza al entrar el joven, dejando a un lado el periódico que estaba leyendo. En sus ojos, de mirada vagamente triste, hubo un gesto instintivo de sorpresa y alegría al mismo tiempo, apagado con rapidez para dar paso a una expresión que pretendía ser hostil.

—Hola, papá. ¿Qué tal estás?

—Perfectamente. ¿Y tú?

Padre e hijo se contemplaron mutuamente después del frío saludo, sin saber qué decirse. El viejo Merrick no hizo ademán de levantarse. Richard permanecía en pie, sin acercarse. Daba la impresión de que cada uno esperaba del otro una frase, un gesto, algo, en fin, que rompiera el hielo del momento.

—Bueno; parece que no te alegras mucho de verme.

—No te has acordado de mí en estos dos años últimos.

—Cuando me echaste de casa me dijiste que no volviera. Si me he decidido a verte ha sido...

—Dejemos eso. ¿Qué fue de tu vida?

—Nada de particular. Anduve de un lado a otro.

—Tienes buen aspecto.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Quizá no debí venir.

—Quizá.

—En ese caso...

Merrick «junior» dio media vuelta, dirigiéndose a la puerta. El corazón le golpeaba con fuerza y notaba en las sienes un vertiginoso

latido. Ya tenía la mano en el picaporte...

—¡Espera!

Richard se volvió. El rostro del fiscal tenía la rigidez del granito. Se veía que trataba de mantenerse frío, si bien no tenía valor para dejar que su hijo se marchara otra vez.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde ibas?

—No lo sé. Me iba, simplemente.

—Quédate. Robert te preparará tus habitaciones, las mismas de siempre. Si deseas quedarte, claro es.

—Pues... sí, me quedaré. Creo —prosiguió diciendo, con cierto aire de estupidez— que debía darte una explicación del porqué...

—No —le interrumpió Reginald—. Sería peor. Yo estimo que lo más conveniente para ambos es no decirnos nada, por ahora. Ya iremos hablando poco a poco. ¿Has desayunado?

—No.

Reginald Merrick pulsó un timbre, y a los pocos momentos el criado entraba en el comedor.

—Trae el desayuno para el señorito Richard. Y prepara después sus habitaciones. Vivirá aquí otra vez.

El rostro de Robert reflejó claramente el alivio que sentía. Eran muchos años los que llevaba al servicio de los Merrick. Aquella casa, desde la muerte de Myriam y la desaparición de Richard, se asemejaba mucho a un sepulcro. Tal vez ahora, habiéndose reconciliado el padre y el hijo, las cosas cambiaran en sentido favorable.

—Al momento, señor —replicó, sonriendo.

—Y haz el favor de pagar el «taxi» y recoger mi equipaje.

El criado salió a cumplir las órdenes recibidas. Richard Merrick tomó asiento ante la mesa. Su padre había reanudado la lectura del periódico. Cuando le sirvieron el desayuno, el agente del

F. B. I.

comió con voracidad.

—Comes bien —dijo el fiscal, que le observaba a hurtadillas.

—A temporadas solo. ¿Qué tal tus asuntos, papá?

—Bien.

—¿Mucho trabajo?

—Bastante. ¿Necesitas dinero?

Estuvo a punto de contestar que no. Afortunadamente, se dio cuenta a tiempo.

—No me vendría mal.

Sacando la cartera, el fiscal entregó a su hijo unos billetes. Su rostro reflejaba decepción.

—Lo suponía. Tengo que irme. Ya nos veremos.

Se levantó, poniendo de relieve su alta estatura y la anchura de sus hombros. A pesar de sus sesenta años, tenía un aspecto vigoroso y recio.

«Sin embargo —pensaba Richard—, está mucho más viejo. Parece que ha perdido energía. Se le notan mucho los sufrimientos».

—¿Dónde vas? —inquirió, por decir algo.

—A mi despacho. A las doce van a llevar a un sujeto que han detenido ayer los del

F. B. I.

—Richard aguzó el oído—. Uno de esos seres repugnantes que trafican en drogas. Trataré de conseguir alguna declaración suya para coger a otros peces más gordos. El día que los vea a todos sentados en el banquillo será el más feliz de mi vida. Lo malo —terminó con voz exaltada— es que a los verdaderos dirigentes, que son los que primero deberían ir a la silla, es difícil cazarlos.

—Que tengas suerte, papá. ¿No crees que después del tiempo que ha pasado debías ir olvidando...?

Reginald Merrick fulminó a su hijo con una mirada despectiva que le hizo enmudecer, y sin decir nada salió del comedor.

Richard, una vez solo, suspiró. Las cosas no se desarrollaban tan mal como él imaginara. La reacción de su padre, su modo de proceder, tenían, a su juicio, una clara explicación. El fiscal, al presentarse él sin previo aviso y sin intentar contarle lo que hiciera en el tiempo que estuvo ausente, había supuesto que volvía tan vago e inútil como se fue, sin haber realizado nada de provecho. Pero eran dos años los que mediaban entre la dura escena de la separación y el retorno. El tiempo borra las cosas o, al menos, las atenúa, y probablemente Reginald Merrick se encontraba muy solo y prefería, aun decepcionado una vez más con su hijo, que éste se quedara a su lado.

Le acometió súbitamente la idea de que podía ser interesante presenciar el interrogatorio a que su padre iba a someter al

traficante en drogas detenido. Acaso se tratara de un asunto ajeno por completo a Morrison y los suyos, más existía también la posibilidad de que hubiera alguna conexión entre aquel preso y la organización que él, Richard, debía descubrir.

Cuanto más detalles conociera, mejor. Quizá con un poco de suerte surgiera en el interrogatorio algún detalle, alguna pista importante. Se acercaría al despacho del fiscal con un pretexto cualquiera. Aún faltaba casi una hora para las doce, y toda posibilidad de orientarse en su misión era digna de tenerse en cuenta.

Salió a la calle. El Federal Court Building es un enorme edificio de más de veinte pisos, en forma de esbelta torre sobre una amplia base de columnas y rematada por una puntiaguda cúpula. Se encuentra situado en Duane Street, mirando a Foley Square. En sus inmensas oficinas se alberga toda la compleja y eficiente organización judicial neoyorquina.

Tomó un «taxi», que le condujo por Lexington Avenue hasta Unión Square, torciendo después por Broadway. En el cruce con Canal Street dio orden de parar al conductor, apeándose. Había decidido esperar por las cercanías, acechando la llegada del detenido, y echar una ojeada a los que le acompañaban. No fuera a ser que alguno de los agentes del

F. B. I.

que condujeran al preso le conociera a él, en cuyo caso se vería en un compromiso. No era probable, salvo que se tratara de alguno de su misma promoción, cosa harto difícil; mas, de todas formas, le convenía tomar precauciones. Tan pronto se convenciera de que no le conocían, subiría al despacho de su padre.

Transcurrieron veinte minutos, durante los cuales Richard Merrick contempló escaparates, bebió un vaso de «*whisky*» en un bar y dirigió miradas admirativas a las mujeres que pasaron por su lado. Todo ello sin perder de vista un momento la fachada del Federal Court Building.

Comenzaba a aburrirse de la espera y a pensar que tal vez hubiesen llevado al detenido antes de la hora fijada, cuando en uno de sus paseos alcanzó la esquina de Chambers Street con Broadway.

Un automóvil oficial surgió de la primera de estas calles, desembocando en Broadway. Al aproximarse al cruce con Duane

Street, el conductor sacó el brazo por la ventanilla al tiempo que disminuía la velocidad para tomar la curva. Tal vez fueran aquéllos.

En aquel momento, un potente «Lincoln» pintado de color gris claro avanzó como una exhalación, situándose a la altura del vehículo policíaco.

Richard Merrick presintió la tragedia. Por una de las ventanillas traseras del «Lincoln» asomaba el negro cañón de una «Thompson», y tras él, un rostro de brutales facciones que sonreía con sádica expresión. Todo sucedió en cuestión de segundos.

El instintivo e inútil grito de Richard tratando de llamar la atención de los ocupantes del «Ford»; las trágicas y vertiginosas detonaciones de la «Thompson», cuyas balas acribillaron materialmente al coche policíaco...

Mortalmente herido, el conductor perdió los mandos, los neumáticos rechinaron al patinar el «Ford» en el asfalto, describiendo unos espeluznantes virajes, y por fin el coche fue a estrellarse contra el escaparate de una tienda de modas de la acera opuesta de Duane Street.

La confusión reinó en la calle. Gritos, carreras, una mujer desmayada, las dependientes de la tienda que aparecieron, lívidas, en el umbral... En medio de la atroz algarabía, el agente federal sólo pudo observar cómo el «Lincoln» de los asesinos continuaba a velocidad suicida Broadway adelante. Le vio sortear por poco a un camión que avanzaba en dirección contraria, salvar milagrosamente a un peatón que cruzaba alocadamente la calzada, y por último virar por la bocacalle siguiente, sobre dos ruedas, desapareciendo de su vista.

El joven iba desarmado, y nada pudo hacer. Había tomado nota mentalmente del número de la matrícula del automóvil fugitivo, aunque lo consideraba una precaución inútil. Probablemente, sería falsa o el coche robado.

Pasados los primeros momentos de confusión, una multitud de personas rodeaba el coche siniestrado, que no era más que un montón de hierros retorcidos, mezclados con los cristales y con los objetos expuestos en el escaparate contra el que había chocado.

Un policía se abrió paso entre el corro de gentes que hablaban con excitación. Mezclándose a los curiosos. Richard vio salir de entre los restos del «Ford» a un muchacho muy joven bañado en

sangre y con las ropas destrozadas, pero vivo y sin ninguna herida grave, al parecer. Después, y tras ímprobos esfuerzos, fueron extraídos tres cuerpos más.

El chofer, con el pecho totalmente segado por las balas, estaba muerto. Un segundo individuo, de unos cuarenta años, que respiraba débilmente, agonizaba. Por último, el cadáver de un hombrecillo de edad indefinida, con las manos esposadas. El muchacho que milagrosamente conservaba la vida temblaba de pies a cabeza, y Richard se preguntó si la causa de aquel temblor era el susto o la indignación.

Las sirenas policiacas ulularon. Se acercaron corriendo tres agentes más, obligando a los espectadores a apartarse del lugar. Una ambulancia frenó espectacularmente junto a la acera, descendiendo de ella los sanitarios vestidos de blanco que portaban las correspondientes camillas.

Cabizbajo y un tanto impresionado por lo que acababa de presenciar, Merrick emprendió el regreso a su casa. Nada tenía que hacer allí. Aunque no estaba seguro de que el detenido fuera precisamente el que iba a ser sometido por su padre a un interrogatorio, lo presentía.

Sin duda alguna, los componentes del «gang» al que perteneciera el sujeto, enterados de su traslado al despacho del fiscal, decidieron suprimirle, temerosos de que hablara. De siempre, Reginald Merrick había tenido fama de ser hombre que, sin apelar jamás a la violencia, se las ingeniaba como nadie para hacer hablar a los inculpados. Esto debían de saberlo los «gangsters» complicados en el asunto, y habían evitado que su compinche pudiera delatarlos apelando al procedimiento más seguro y eficaz; matándolo.

Rara ello no les importó en absoluto añadir al asesinato del reo el de los agentes que le custodiaban.

¿Formarían parte de la supuesta organización de Morrison? Una incógnita más que añadir a las muchas que Richard Merrick debería despejar para salir airoso de su empresa.

No era momento de meditaciones. Tenía que actuar, y pronto. Sus nervios requerían movilidad. Ante todo, necesitaba ponerse en contacto con Red Morrison, y no quería dar la sensación de que le buscaba, sino hacer que el encuentro pareciera casual, y obrar con todo género de precauciones. O, en otro caso, encontrar un pretexto

verosímil para ir a ver al potentado.

De todas las cosas que John Edgar Hoover le dijo el día anterior en Washington, la que más le sorprendió fue saber que sospechaban de Morrison. ¿No sería un error? Desechó esta posibilidad, diciéndose que el director general tendría motivos más que suficientes para pensar así. En cualquier caso, la misión que a él le habían encomendado consistía en descubrir si Morrison era efectivamente un delincuente, y en el supuesto de que lo fuera, hallar pruebas materiales que lo demostraran. Total: una bagatela.

En el avión, desde Washington a Nueva York, tuvo tiempo de aprenderse de memoria el informe que sobre Morrison le diera Hoover. Después lo destruyó. Muchas de las cosas que en él se decían ya las sabía. Otras, no. En líneas generales, el informe se limitaba a detallar las numerosas actividades del prohombre, todas legales a simple vista, sin especificar la razón de las sospechas del F. B. I.

Hasta el día antes, Richard Merrick hubiera jurado que Morrison era un perfecto caballero en toda la extensión de la palabra. Su propio padre, tan recto y severo en sus principios y en su vida, siempre reacio a contraer amistad con gentes que no observaran una intachable conducta pública y privada, tenía cierto trato con el banquero.

Richard le recordaba muy bien. De estatura corriente, ligeramente caído de hombros; aparentaba escasa energía, dando la sensación de ser uno de esos hombres escépticos que, más que vivir, parecen contemplar aburridos la vida. Sin embargo, desarrollaba una actividad enorme. Era consejero del National Bank de Nueva York y de numerosas Compañías importantes: navieras, Seguros, etc. Poseía intereses en bastantes empresas comerciales. ¿Qué edad podría tener? Unos cuarenta y cinco años, tal vez alguno más.

Richard le había tratado algo, superficialmente desde luego, durante su época de disipación, porque Morrison era asiduo concurrente a toda fiesta o reunión importante y a los lugares públicos de diversión, sobre todo a los combates de boxeo. Incluso estuvo una vez en su casa con motivo de una recepción ofrecida por el potentado, y a la que asistió en compañía de unos amigos.

Ahora lo importante era ver el medio de reanudar el conocimiento con Morrison, intimando con él lo suficiente para

poder investigar a su alrededor sin despertar sospechas.

Llegó a su casa, dando vueltas y vueltas al asunto en la cabeza, y sentándose en la biblioteca comenzó a fumar nerviosamente, cual si tratara de encontrar la inspiración que precisaba en el humo del tabaco.

¿Qué hacer? Su trato con el supuesto «gangster» no fue nunca lo bastante estrecho como para justificar una visita directa al cabo de dos años de ausencia. Convenía tener presente que si Morrison era efectivamente un criminal camuflado bajo su apariencia de hombre importante, acaudalado y respetable, viviría en alerta permanente, recelando de todo el mundo. Una intervención precipitada podría ser funesta para el desempeño de su cometido si el financiero desconfiaba de él.

El bárbaro asesinato presenciado unos minutos antes había servido para llevar al ánimo de Richard la idea de que los «gangsters» dedicados al contrabando de drogas no se detenían ante muerte más o menos. Era necesario extremar las precauciones.

Llevaba consumidos media docena de cigarrillos, examinando una por una las diversas ideas que acudían a su mente, y ninguna acababa de agradarle del todo. Se dijo que no debía dejarse dominar por la impaciencia, una impaciencia muy lógica y natural, teniendo en cuenta que eran dos razones poderosas las que le acuciaban: el deseo de salir airoso en su primer cometido oficial como agente del

F. B. I.,

haciendo honor a la confianza en él depositada por John Edgar Hoover, y el ansia vehemente de poder explicar a su padre la verdad de su vida en aquellos dos años. A su padre y a otras personas. Por ejemplo... a Virginia Cleve.

Pero el juego que iba a emprender era más que nada un juego de habilidad y astucia, y en este tipo de empresas la impaciencia es un «hándicap» considerable.

Hubiera preferido cien veces que le encargaran un trabajo en el que fuese necesario jugarse la vida a tiro limpio en unas horas; morir o triunfar en poco tiempo, a la clara luz del día, sin tener que disimular ante la sociedad para ocultar su verdadera condición de agente de la ley, sin tener que aparentar que seguía siendo el Richard Merrick borracho, juerguista y holgazán que todos

conocían, y que creía haber enterrado para siempre cuando las puertas de Quantico se abrieron ante él. Y ahora tenía que resucitarle, aunque fuera de un modo ficticio...

Se repitió a sí mismo de nuevo que acaso aquello fuese un medio dispuesto por la Providencia para que expiara sus errores pasados, y este pensamiento le infundió nuevos ánimos para acometer la ardua empresa.

En aquel momento, al recordar a Steve Leuman, se dio una palmada en la frente, al tiempo que en sus labios aparecía una sonrisa de satisfacción. Fue al teléfono, y después de consultar la guía marcó un número. Si Steve no había variado mucho sus costumbres, aún estaría acostado.

Y así era. La voz atenta de un criado se lo hizo saber.

—Lo siento. El señor Leuman está durmiendo, y no puedo molestarle.

—Despiértele —ordenó el joven, con energía—, y dígame que le llama Richard Merrick. Acepto la responsabilidad.

—Está bien, lo haré. Aunque seguramente al señor no le va a gustar que se contravengan sus órdenes.

Luego de unos minutos de espera, una voz ronca y soñolienta exclamó:

—¿Eres de verdad Richard?

—El mismo, muchacho. ¿Cómo estás?

—Sorprendido de oírte. ¿De dónde diablos sales?...

—Es largo de contar. Ya te explicaré. Quisiera verte cuanto antes.

—Encantado. Yo no pienso salir de casa hasta última hora de la tarde. ¿Por qué no vienes por aquí?

—De acuerdo. Iré después de comer.

—Te espero sin falta. Se me va a hacer raro el verte. Creía que estabas en la China o que te habías muerto.

—Ni una cosa ni otra. Hasta luego, Steve.

—Adiós, Richard. No faltes.

Merrick colgó el auricular. Había sido una buena idea la de llamar a Leuman. En cuanto reanudara su trato con el antiguo compañero de juergas y francachelas era seguro que no tardaría en encontrarse con Morrison.

Subió a sus habitaciones, observando con cierta emoción que se

hallaban tal y como las dejara al marcharse. Sus trajes, en el armario; sus camisas, sus zapatos, todo cuanto tenía la noche que abandonó su hogar, con el frío en el alma, y el «*smoking*» que llevaba puesto por toda pertenencia.

El cuarto anejo al dormitorio se conservaba asimismo igual que entonces. Parecía que nadie hubiera tocado el armario-librería, ni la mesa de despacho, en la que hasta la carpeta y el pisapapeles continuaban en el mismo sitio, y el mueble-bar, cerrado y con la llave puesta; la fotografía de él y Myriam, de pequeños, con los uniformes del colegio...

Hasta la hora del almuerzo se distrajo recorriendo la casa, donde cada objeto, cada mueble, cada cosa que veía le traía a la memoria retazos de su vida pasada.

Quiso entrar en las habitaciones que fueron de su hermana, encontrándolas cerradas. Interrogó al mayordomo sobre este extremo.

—No han vuelto a abrirse desde... entonces. Fue una orden del señor. Nadie entra allí.

Richard suspiró. Ahora volvía a ver a su hermana, tal y como era antes de empezar a tomar drogas en la Universidad. Una muchacha alegre, simpática, afectuosa. A él le quería mucho. Recordando su triste final, el joven se hizo el firme propósito de no descansar un momento hasta descubrir a Morrison y a su poderosa banda de criminales. Acaso las drogas que llevaron a la muerte a Myriam habían sido introducidas o vendidas por la tenebrosa organización de aquel «gangster» de guante blanco.

A las dos, Reginald Merrick regresó. Se saludaron fríamente. El rostro del fiscal denotaba contrariedad, Richard se abstuvo de decir que había presenciado el asesinato de por la mañana.

Al empezar a comer inquirió:

—¿Qué tal ha ido ese interrogatorio, papá?

—No hubo interrogatorio. En el trayecto de las oficinas del

F. B. I.

a mi despacho, el automóvil en el que llevaban al detenido fue ametrallado desde otro, que se dio a la fuga. Mataron al conductor y al preso en el acto. De los dos agentes del

F. B. I.

que iban con él, uno ha muerto recién ingresado en el hospital, y el

otro, increíblemente, sólo ha sufrido heridas leves. Y todo a las puertas del Federal Court Building. ¡Es inaudito!

—¿No ha localizado la Policía el coche de los asesinos?

—No. Y entre los numerosos testigos presenciales del hecho no ha habido ni uno solo capaz de, explicar con coherencia las características del auto. Cada uno le ha visto de una manera distinta.

—Son audaces esos «gangsters» —comentó displicentemente Richard—. No sería yo quien me enfrentara con ellos.

Reginald Merrick miró con dureza a su hijo y al cabo de unos momentos hizo un solo comentario:

—Desde luego. No serías tú.

Acto seguido, el fiscal se puso a leer el periódico, y padre e hijo no volvieron a cruzar palabra durante el almuerzo.

Tan pronto terminaron, Richard abandonó su casa. En la Sexta Avenida entró en una cafetería, dirigiéndose a la cabina telefónica y procurando pasar inadvertido a los dependientes. Marcó el número de Centre Street 3001.

No podía intervenir personalmente ni creía que los datos que iba a facilitar sirvieran de mucho; pero tampoco debía soslayar la posibilidad de que su descripción facilitara la búsqueda del coche asesino, y le parecía un cargo de conciencia guardar silencio sobre aquel punto.

—

¿F. B. I.?

—Sí. Diga.

—Tome nota y no se moleste en tratar de localizar la llamada. Es respecto al asesinato de esta mañana...

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Espere un momento, por favor!...

—No espero. Apunte si quiere. La matrícula del coche desde el que dispararon es NY-384 527.

Se trata de un «Lincoln» pintado de color gris claro, modelo 1950. El tipo que manejaba la «Thompson» tiene cara de bestia: frente estrecha y sonrisa sádica. No he visto más.

—Espere, hombre, espere. Usted debe de saber algo más. Si tiene miedo, nosotros le protegeremos y...

—No tengo miedo ni necesito protección. Y he dicho cuánto

sabía. Ya le advertí que no tratara de entretenerme para localizar el lugar desde donde llamo. Conozco el truco. Adiós.

Colgó bruscamente, saliendo deprisa del establecimiento. En la calle siguiente tomó un «taxi» para trasladarse al domicilio de Steve Leuman.

En el trayecto, una idea fue germinando en su cerebro. Una idea que tal vez sirviera para acelerar su investigación...

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES. MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

IV



TEVE Leuman pertenecía a la juventud yanqui adinerada. Una juventud relativa, puesto que hacía ya un lustro que dejara atrás los treinta años. Además, en su rostro, de agradables facciones, se hallaban claramente marcadas las huellas de una existencia de disipación constante. De regular estatura, delgado y de color amarillento, su apariencia era frágil, un poco enfermiza.

Recibió a Richard Merrick en su lujoso piso de 36 Street. Vestía un batín de seda y calzaba zapatillas de piel. Se abrazaron efusivamente.

—¡Vaya, vaya, muchacho! Te aseguro que este inesperado regreso tuyo es la sorpresa más agradable que he recibido en mucho tiempo. Te echaba de menos en mis correrías.

—Yo también me alegro de verte, Steve. ¿Cómo te va?

—Lo mismo que siempre. Mi vida no ha cambiado. Tú tendrás muchas cosas que contar.

—Pocas, y no buenas. Por eso quería verte.

Pasaron a un saloncito, y Steve sacó una botella de «*whisky*», un sifón y dos vasos, que dejó sobre una pequeña mesa. Tomaron asiento en sendos butacones.

—Bebe y cuenta, muchacho. ¿Qué te sucede?

El agente del

F. B. I.

había pensado muy bien lo que iba a decir a su amigo. Refirió la verdad, desde que murió su hermana y fue expulsado por su padre, hasta la llegada a San Francisco. De ahí en adelante, su relato dejó de ajustarse a la realidad.

—Pasé más de un año en «Frisco», y cada vez me iban peor las cosas. El dinero se me acababa. Conocí a una polaca que actuaba de gancho en una casa de juego, y... bueno, empezó la tragedia.

—¿Qué ocurrió?

—Aquella mujer era... Mejor será que no te explique cómo era. El caso es que me volví loco por ella. Ya sabes las tonterías que hacemos por unos ojos bonitos. ¡Para qué seguir!

Se había expresado en tono vacilante, como si le resultara violento explayarse con Leuman, y consiguió lo que se proponía: despertar el interés de su amigo.

—Sigue, sigue.

—Es... algo duro explicarlo.

—¿No tienes confianza conmigo?

—Precisamente porque la tengo es por lo que he acudido a ti a mi regreso.

—Entonces...

—Mira, Steve: hay cosas que a nadie le gusta confesar. Por ejemplo, que se ha sido engañado miserablemente por una mujer. Yo no soy en esto una excepción. Prefiero no entrar en detalles...

Se detuvo un momento para beber un sorbo de licor, prosiguiendo luego:

—Perdí todo el dinero que tenía y mucho más que no tenía. ¡Me cogieron bien! Tuve que firmar unos recibos al dueño de la casa, un maldito tahúr, y... no sé cómo voy a pagarle.

—¿Saben que has abandonado San Francisco?

—Claro. Me Vi obligado a decirles quién era y dar mi verdadero nombre. Aseguré que aquí conseguiría fácilmente el dinero para saldar la deuda. Si en alguna parte puedo obtener fondos, es en Nueva York. Me dieron una semana de plazo.

—¿Y si no pagas?

—Imagínate. Escribirán a mi padre. Se figuran, con razón, que el viejo, por evitar el escándalo, cotizará sin rechistar.

—Pues en tal caso, ya lo tienes resuelto. Dejas que pague tu padre, y en paz. ¿Has ido a verle?

—Sí.

—¿Qué tal te ha recibido?

—Con frialdad. Consiente que me quede en casa, y nada más. No, Steve, no puedo hacer eso. Yo creo que el cinismo ha de tener un límite. Si a nosotros no nos importa ser unos sinvergüenzas, al menos debemos mirar un poco por el buen nombre de la familia. ¿No crees? Tengo que resolver este asunto por mi cuenta, sin que el viejo se enteró. Ya le he dado bastantes disgustos.

—Puede que tengas razón. ¿Es mucho dinero?

—Veinticinco mil dólares.

Steve Leuman emitió un prolongado silbido.

—Muchacho —afirmó, meneando la cabeza—, te has metido en una buena. Si fuera una cantidad menor, yo mismo te la prestaría. Veinticinco mil dólares es demasiado para mí.

—No pretendía que me los dieras tú. Eres hijo de familia, como yo, y me consta que no puedes disponer fácilmente de una cantidad tan fuerte. Si te he llamado, ha sido con la intención de ver si entre los dos se nos ocurría alguna Idea.

—¿Qué clase de idea?

—Puede haber alguien que me preste el dinero, con interés, naturalmente. A mí, de momento, no se me ocurre quién. Un Banco no me lo daría, porque carezco de garantías materiales que ofrecer. Ha de ser un particular, que lo haga discretamente, fiándose de mi palabra y... de la fortuna de mi padre. Si me dan un plazo amplio, yo podré devolver el dinero poco a poco.

Steve Leuman quedóse pensativo unos momentos. Se sirvió otro vaso de «whisky» y encendió un cigarrillo. Richard esperaba con cierta impaciencia, latiéndole aceleradamente el corazón. Al fin,

Leuman exclamó:

—¡Ya lo tengo!

—¿De veras?

—Sí. Red Morrison, el banquero.

Richard sonrió para sus adentros. Era lo que él esperaba. Sabía que Morrison había prestado dinero en más de una ocasión a su amigo, con el que guardaba una estrecha relación.

—Algunas veces me ha sacado de apuros parecidos —prosiguió Leuman—, aunque nunca tan gordos.

—¿Y crees que conmigo...?

—Seguro. Es una buena persona. Además, pensará, como el tahúr de «Frisco», que, en último término, si no se los devuelves, siempre le queda el recurso de acudir a tu padre.

—Ten en cuenta que yo no tengo confianza con él.

—Yo, sí. Iremos juntos a verle.

—Ojalá que tu optimismo resulte justificado. Te aseguro que la preocupación no me deja dormir. ¿Cuándo le veremos?

—Trataré de localizarle hoy mismo, y de paso prepararé un poco el terreno. ¿Dónde te aviso?

—Lláname a casa, y, ¡por favor! cuanto antes. La situación es de angustia.

—Descuida, Richard. Vete tranquilo.

—Adiós. Steve. Y gracias por todo.

Merrick abandonó, satisfecho, el piso de su amigo, dirigiéndose a su casa. La treta había dado el resultado apetecido. Si Morrison era lo que suponían en el

F. B. I.,

le prestaría seguramente el dinero, pensando que podría serle de utilidad tener en sus manos al hijo del fiscal Merrick. Al menos, así razonaba Richard. Y, sobre todo, aquél podía ser el pretexto, el primer paso para estrechar su relación con el supuesto «gangster» y seguir el plan trazado por Hoover.

Además había tenido suerte. Ni siquiera tuvo que insinuar a Leuman la idea de acudir a Morrison. Su propio amigo lo dijo. Deseaba con toda su alma que Steve le avisara aquella misma tarde para ir a visitar a Morrison. Cuanto antes se entrevistara con el banquero, mejor. Entró en su casa, decidido a esperar la llamada. No podía hacer otra cosa.

Le sorprendió la presencia de Virginia Cleve, que en la biblioteca charlaba tranquilamente con su padre. Al entrar Richard, las mejillas de la muchacha se colorearon visiblemente. Su saludo fue un poco forzado.

—Hola —dijo simplemente.

—Buenas tardes, Virginia. Veo que has regresado de Washington pisándome los talones.

—Sí. Ya te dije que volvía hoy a mediodía.

—Y ¿cómo por aquí?

Fue el viejo Merrick el que se encargó de contestar aquella pregunta:

—Virginia me visita con frecuencia, como antes de que muriera tú hermana. Puede decirse que es la única persona que ha alegrado con su presencia mi soledad de los últimos tiempos. La estoy muy agradecido por las muchas horas que ha desperdiciado aburriéndose al lado de un triste viejo.

—No diga eso —replicó ella, sonriendo con dulzura—. Usted no es un triste viejo y yo no me aburro a su lado. Al contrario, paso unos ratos muy agradables. Además... —vaciló; no encontraba palabras adecuadas para seguir—. Bueno, creo que es una obligación moral desde... aquello. Pero no hablemos de cosas tristes.

—Otros que tenían más obligación —dijo severamente Reginald, mirando a su hijo—, no se han preocupado de mi existencia.

Hubo un silencio tenso. Virginia, nerviosa, se removía en el asiento. Merrick padre pareció abstraerse en sus meditaciones. Richard, ahogando un bostezo, se puso a hojear una revista bajo la mirada entre despectiva y triste de la joven.

—Bien —exclamó Virginia, levantándose—. Debo marcharme ya.

—No tengas prisa, hija. Aún no llevas aquí ni media hora. ¿O es que te espera algún joven?

—No, no me espera nadie. Es que...

—Quédate un rato. Ahora nos traerán el café.

No fue una merienda muy distraída, a pesar de que el fiscal, apercebido de que la joven estaba un poco violenta, se humanizó bastante, llevando el peso de la conversación con su charla amena, de hombre culto e inteligente.

Richard, con el pensamiento puesto en la llamada de Steve, casi no prestaba atención a lo que hablaban su padre y Virginia, y mantenía una actitud pedante de condescendencia, cual si fuera un superhombre escuchando las tonterías de dos chiquillos. De cuando en cuando, los ojos de Virginia se posaban en los suyos fugazmente.

Cuando terminaron de merendar, el fiscal se levantó:

—Me marchó —dijo—. Unos amigos me esperan en el club. Muchas gracias por tu visita, hija. Adiós, Richard. ¿Cenarás en casa?

—No lo sé, papá.

Salió Reginald de la estancia y los dos jóvenes quedaron solos. Virginia hizo ademán de levantarse también, pero luego, cambiando de idea, se arrellanó en la butaca, diciendo:

—¿Me das un cigarrillo?

—Con mucho gusto.

—Me alegro de tener la oportunidad de hablarte. Quería disculparme contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Estuve un poco inconveniente ayer en Washington, cuando nos encontramos. Sinceramente confieso que todo lo que dije lo sentía, más comprendo que no soy quién para hablarte del modo que lo hice. No debe una meterse en las vidas ajenas, aunque...

—Termina.

—Aunque sean vidas que nos interesan mucho.

—No tiene importancia. Olvídalo.

Richard había contestado en aquel tono frívolo y burlón que tanto irritaba a la joven. Virginia suspiró.

—¿Por qué no haces un esfuerzo para cambiar de vida, Richard?

El agente del

F. B. I.

no contestó. Se puso en pie, avanzando hasta situarse muy cerca del sillón que ella ocupaba junto al fuego. Anohecía. Las brasas mortecinas fulguraban discretamente en la vaga penumbra que comenzaba a invadir la estancia.

Virginia Cleve, vestida con un traje sastre de color gris y blusa azul, estaba seductora. Levantó la cabeza, fijando la mirada de sus profundos ojos oscuros en el hombre que se hallaba en pie ante ella.

Y en aquel momento, Richard Merrick se olvidó del

F. B. I.,

de Morrison, de John Edgar Hoover y del mundo entero. Cogiendo las manos de la joven, que descansaban sobre los brazos del sillón, tiró de ella suavemente, obligándola a levantarse. Virginia no hizo resistencia. Quedaron muy cerca, mirándose en silencio.

—Dime una cosa: ¿has venido «solamente» a ver a mi padre?

No hubo respuesta. La muchacha respiraba con cierta agitación; los labios, entreabiertos; la mirada, honda y acariciante... Richard la atrajo más hacia él. Sentía el cálido cuerpo, palpitando junto al suyo, y el aroma de un tenue perfume envolviendo sus sentidos...

—Virginia —murmuró, roncamente—: si yo te dijera...

—¿Qué?

Unos golpes suaves en la puerta rompieron el embrujo del momento. Se separaron bruscamente, cual si hubieran recibido de pronto una descarga eléctrica.

—Adelante.

Entró Robert, el mayordomo.

—El señor Leuman le llama al teléfono.

—Gracias; ahora voy. Enciende la luz.

La luminosidad de la lámpara eléctrica desvaneció casi por completo los vacilantes fulgores del fuego. Richard y Virginia se miraron de nuevo.

—Perdóname. Enseguida vuelvo.

La voz de Steve Leuman, al otro lado del hilo, anunció:

—Hubo suerte, muchacho. He hablado con Morrison. Nos espera esta noche. Puedes pasar a recogerme dentro de una hora, aproximadamente, por el New Yorker Club, en la calle Treinta y Cuatro, esquina a la Octava Avenida. Lo conoces, ¿verdad?

—Sí.

—Pues allí te espero. Hasta luego.

—Hasta luego, Steve. Repito las gracias.

Regresó a la biblioteca. Virginia fumaba un cigarrillo, dando cortos paseos por la estancia. Se detuvo y le miró sin decir nada. A su vez, el joven encendió un cigarrillo, sirviéndose a continuación un vaso de «*whisky*», que apuró de un trago, chasqueando la lengua.

Dentro de muy poco se hallaría frente al hombre al que, según palabras textuales de John Edgar Hoover, debía mandar a la silla eléctrica. El momento de empezar se acercaba. Debía portarse

serenamente y tratar por todos los medios de granjearse la confianza del financiero.

—¿Qué querías decirme antes, Richard?

La pregunta de Virginia le volvió a la realidad del momento. O él era un perfecto idiota, o la chica le quería. Su silencio, cuando estuvo a punto de besarla unos minutos antes, había sido más elocuente que un discurso. Y su mirada... Le quería y le despreciaba al mismo tiempo. Eso era lo terrible. Debía sufrir mucho, sintiéndose enamorada de un hombre al que creía cobarde, cínico y holgazán.

Con toda seguridad, al encontrarle de nuevo, el amor de antaño había resurgido en Virginia. Dentro de ella luchaban dos sentimientos opuestos. A ratos vencía uno —como el día antes, en Washington, cuando le insultó apasionadamente—, y a ratos, el otro —como ahora, por ejemplo, que no veía más que al hombre amado. Luego, al recapacitar a solas, volvería a despreciarle. Era fuerte, segura de sí misma, pero mujer, al fin. Quizá su amor por Richard constituía la mayor de sus debilidades, acaso la única.

Richard Merrick leía claramente en la expresión de Virginia todos sus pensamientos. Se daba cuenta, además, de que él también la amaba. Fugazmente recordó las muchas veces que, en sus dos años de ausencia, la figura de la joven había ocupado su imaginación. Sintió una gran amargura. Si la explicaba la verdad, podría tenerla entre sus brazos dentro de unos instantes. Ella estaba aguardando, anhelante, la respuesta...

—Nada importante —contestó, al fin, el joven, con acento burlón—. Otro día te lo diré. Ahora tengo que ir a vestirme, porque voy a salir. ¿No te importa quedarte sola? Dispénsame.

Dando media vuelta, salió de la biblioteca a paso rápido. Virginia Cleve, sola, tuvo que realizar un gran esfuerzo para dominarse. Pensaba que había sido objeto de una burla, primero, y de una grosería, después. Aquel modo de marcharse Richard, estando en casa de él, era algo totalmente reñido con las reglas de la buena educación. Y antes... lo de antes aún fue peor. Por un momento, ella llegó a creer... ¡Qué tontería!

Robert, el mayordomo, al abrirla la puerta de la calle, se sintió un tanto confuso. Hubiera jurado que había lágrimas en los ojos de Virginia Cleve.

V



N su cuarto, Richard procedió a vestirse de etiqueta. En el doble fondo de un maletín guardaba la «*Parabellum*», con varios cargadores de repuesto, y la chapa y el carnet de agente. Abrió el maletín y, durante unos momentos, estuvo dudando, con la pistola en la mano, decidiéndose por fin a dejarlo todo en el mismo sitio. No era probable que le hiciera falta el arma, y para mejor representar su papel, le convenía no exponerse a un contratiempo por un pequeño detalle. Un observador atento podría descubrir el bulto de la pistola bajo la axila, y aquello no le interesaba. Si Morrison era realmente un criminal, prestaría atención a estos detalles.

Alrededor de las nueve salió a la calle. El New Yorker Club, donde le citara Leuman, se hallaba a bastante distancia, pero le sobraba tiempo para llegar puntualmente.

La noche era hermosa y apacible. Una luna pálida brillaba entre millones de estrellas.

Fue andando hasta la esquina con Veintitrés Street, donde un muchacho voceaba la edición nocturna del «New York Times», y compró el periódico. En primera plana, con grandes titulares, venía la noticia del crimen de aquella mañana. La reseña no era muy amplia, ni se especificaba la clase de delito en que estaba inculcado el detenido, Herbert Slatter.

Como es costumbre en estos casos, se aseguraba que el

F. B. I.

tenía varias pistas, que conducirían en breve al esclarecimiento del suceso y a la detención de los culpables. En contraste con el laconismo de la noticia, el periodista encargado de redactar la información, se hartaba de hacer comentarios para todos los gustos.

Guardó el periódico en el bolsillo. Dos agentes de la Ley muertos en acto de servicio. Los anuncios luminosos brillaban en la noche, con su copiosa gama de tonalidades y colores. Multitud de personas, libres ya de sus obligaciones, marchaban apresuradamente en busca de los lugares de distracción. Teatros, cinematógrafos, salas de fiesta, «*night-clubs*»... Todos los locales estarían a aquella hora abarrotados de público, mientras los dos hombres, muertos en el cumplimiento de su deber, dormían ya el último sueño sobre las frías losas del depósito.

Detuvo un «taxi», que le llevó por la Octava Avenida, ascendiendo a la esquina de Treinta y Cuatro Street.

El New Yorker Club era un *cabaret* de tipo «standard», ni peor ni mejor que los centenares de establecimientos de este tipo que existen en Nueva York.

Steve Leuman, encaramado en un alto taburete, ante la barra, saboreaba un «cocktail».

—¡Hola, Steve!

—¡Hola! ¿Tomas algo?

—Por ahora, no.

—Pues vámonos.

Subieron al automóvil de Leuman, un magnífico «De Soto», descapotable.

—¿Dónde nos espera?

—En el «Juventus».

—¿El «Juventus»? ¿Qué es eso?

—El yate de Morrison. Le telefoneé y me dijo que estaría allí esta noche hasta bastante tarde. Por lo visto, tiene que preparar los detalles de un viaje. Es un buen sitio para hablar con él, ¿no crees?

—Sí; claro. ¿Le insinuaste algo del motivo de nuestra visita?

—A medias. Creo que se lo habrá figurado. Ya verás cómo no falla.

El coche enfiló la Octava Avenida, cruzando rápidamente ante la estación de Pensilvania. Llegaron a Catorce Street, continuando por ésta, y más tarde, por la avenida de las Américas, en dirección al puerto.

Atravesaban el corazón de Greenwich Village, el punto donde los neoyorquinos han querido imitar el famoso Montmartre parisiense. Numerosas gentes, con aspecto bohemio, charlaban en grupos en las aceras y a la entrada de los muchos clubs nocturnos y tabernas.

Frenó el coche a la entrada de los muelles que se encuentran junto al Battery Tunnel. El acceso a los «docks» 12 y 13 se hallaba cerrado. La calle, en silencio. Entre ambos «docks» se abría un estrecho pasadizo, por el que se dirigieron al punto de embarque. Vieron en el «dock» siguiente la silueta de un gran frutero escandinavo, silencioso y con algunas luces encendidas a popa. Al llegar a la orilla se detuvieron. Bajo ellos, el agua lamía mansamente las enormes pilastras de cemento.

—Ya debía estar aquí la lancha —comentó Steve, consultando el reloj.

De cuando en cuando, el silencio era interrumpido por el ruido de los trenes de la

B. M. T.

Line y de la Lex. Ave. Line, que cruzan por líneas subacuáticas en dirección a Brooklyn. Un pequeño vapor, procedente de South *Ferry*, surcaba en aquel momento las tranquilas aguas de la bahía, dejando un eco de risas y conversaciones en el aire tranquilo. A lo lejos se distinguía la oscura mancha de la Governors Island.

—Ahí se acerca una canoa —murmuró Richard, señalando el punto luminoso de un pequeño faro que avanzaba hacia ellos.

—Debe ser ésa. El yate —explicó Leuman— está anclado cerca de la Governors Island. Llegaremos en pocos minutos.

La gasolinera atracó bajo el sitio donde ambos amigos se encontraban.

—¿El señor Leuman? —preguntó el tripulante desde abajo.

—Sí.

Descendieron las escaleras de piedra, entrando en la embarcación, que inmediatamente comenzó a navegar a gran velocidad, con un rítmico zumbido del motor.

Al cabo de un rato empezaron a divisar algunos barcos fondeados en las cercanías de la isla.

—Aquél es —apuntó Leuman, señalando la silueta de un esbelto navío, que se percibía claramente a la luz de la luna.

—Parece un buen barco —comentó el agente del

F. B. I.

—Y lo es, señor —intervino el marinero que conducía la lancha, deseoso de demostrar sus conocimientos técnicos—. Tiene casi cuarenta yardas de eslora por siete de manga, y está equipado con dos motores «Diésel» de mil caballos de fuerza cada uno. Desplaza dos mil toneladas y puede navegar a una velocidad de veinte nudos.

Mentalmente, Richard iba tomando nota de aquellos detalles. Un yate sugería muchas posibilidades en el contrabando.

—Muy interesante —comentó—. Confieso que no entiendo una palabra de barcos. Siempre he admirado a los hombres de mar. Una vida muy dura, ¿eh?

—Sí, señor.

—Claro que en un barco de recreo no lo será tanto. Además, ustedes estarán bien pagados.

—Desde luego. En cuanto a paga, no podemos quejarnos. El señor Morrison es muy generoso. Ahora, que trabajo tenemos mucho.

—¡Aaah! —dijo, lentamente, Merrick—. Yo creí que en estas embarcaciones, como no se hacen grandes viajes...

El marinero sonrió, condescendiente. Aquellos señoritos vagos e inútiles, ¡qué sabían ellos lo que era un barco!

—No lo crea —contestó—. También hacemos largas travesías. Hace dos semanas que hemos regresado de

Hong-Kong.

Y mañana zarpamos para otro viaje, aunque no tan largo.

—¿Qué te figurabas? —intervino Leuman—. ¿Qué era un barco

de remos?

—No tanto —repuso el agente federal—; pero no creí que sirvieran más que para andar cerca de la costa. Repito que mi ignorancia en cuestiones marítimas es enorme.

Se aproximaban ya a uno de los costados del «Juventus». El conductor de la lancha paró el motor, y maniobrando hábilmente con el timón, la detuvo con suavidad junto a la pequeña plataforma de madera, de la que arrancaban las escalerillas que conducían a cubierta. Los dos amigos ascendieron ágilmente.

Uno de los oficiales del yate les condujo a la cámara, situada junto al puente de mando. Al entrar, Richard no pudo contener un silbido de admiración.

La cámara era de grandes dimensiones y estaba decorada y amueblada con un lujo extraordinario. Por todas partes se veía impreso el sello de la riqueza. Lo que más le llamó la atención fue el artesonado del techo, de una madera extraña, de color entre gris y marrón, que no conocía. Y la alfombra, en la que los zapatos se hundían al caminar. Las luces indirectas, de diversos tonos. Los magníficos muebles de caoba. Los óleos que adornaban las paredes...

Red Morrison y otro individuo se encontraban sentados en un tresillo. Ante ellos, una pequeña mesa con bebidas. Los dos hombres se pusieron en pie.

Merrick examinó con atención al banquero. No había cambiado nada en dos años. Seguía teniendo el mismo aire de elegante aburrimiento de siempre, igual expresión de escepticismo; los mismos modales corteses y un poco cansados. ¿Sería posible que fuese un criminal?

—¿Qué tal, Merrick? —saludó Morrison, tendiendo su mano—. Mucho tiempo sin vernos.

—Estuve ausente una larga temporada.

—Ya me lo ha dicho Steve. Celebro que se encuentre de nuevo entre nosotros. Le presento a Leslie Grey —añadió, señalando con un movimiento de cabeza al hombre que le acompañaba—, mi secretario particular.

Richard Merrick estrechó una mano larga y huesuda, que oprimía la suya con fuerza inusitada.

—Encantado de conocerle —murmuró, mirando con interés a

Grey.

Era éste un hombre de unos cuarenta años, alto y delgado, casi calvo, con cara de intelectual. Llevaba gafas montadas al aire y vestía con elegancia y pulcritud. Los ojos que brillaban tras los cristales despedían un destello enérgico. Respondió al saludo de Richard con voz gangosa e impersonal, y al agente del

F. B. I.

no le fue simpático el sujeto.

«Estoy obsesionado y nervioso —pensó—. Empiezo a ver cosas raras por todas partes».

—Siéntense y tomen algo —invitó el banquero.

Steve Leuman entró de lleno en materia:

—Bien, señor Morrison. Como ya le insinué por teléfono, el amigo Richard se encuentra en un grave apuro. Me he tomado la libertad de aconsejarle que recurra a usted, porque estoy seguro de que hará lo posible por echarle una mano. Explícate, Richard.

Merrick miró de reojo al secretario particular.

—No se preocupe —dijo Morrison, al advertirlo—. Leslie es discreto y de toda confianza. Puede hablar ante él como si estuviéramos solos.

—El caso es, señor Morrison, que... —Se detuvo, vacilante.

Fingía perfectamente el azoramiento propio de un joven alocado que se ve en el trance de confiar sus disparates a dos extraños.

De nuevo, el banquero acudió en su ayuda.

—Veamos —dijo, cortésmente—; no tiene necesidad de entrar en detalles, si eso le violenta. Dígame lo que desea de mí, y en paz. Si está en mi mano, cuente desde ahora con que le ayudaré.

—Prefiero contarle la verdad. O... mejor será que se lo expliques tú mismo, Steve. Conoces la situación con todo detalle.

Leuman refirió brevemente el asunto. El banquero escuchaba con interés, sin hacer ningún comentario. Richard Merrick parecía sumido en la contemplación de los dibujos de la alfombra y su rostro estaba ligeramente coloreado. Leslie Grey, impávido, fumaba un largo cigarrillo emboquillado.

—¿Eso es todo? —exclamó el financiero, cuando Steve hubo concluido la exposición de los hechos—. Pero, hombre de Dios, llegué a creer que se trataba de algo mucho más grave. Una cosa así le ocurre a cualquiera. Cuente con el dinero.

—Le advierto que no puedo ofrecerle otra garantía que mi palabra, y...

—Vamos, vamos, muchacho; no se preocupe. El hijo del fiscal Merrick me merece todo género de garantías morales y materiales. No llevo encima los veinticinco mil dólares, como comprenderá; pero puede usted telefonarme mañana por la mañana y quedaremos de acuerdo para entregárselo.

Richard Merrick sonreía para sus adentros. El supuesto «gangster» mordía el cebo.

—¿Qué te dije? —Manifestó Steve, palmeando la rodilla del federal—. Asunto resuelto.

—No sé cómo agradecerle, señor Morrison...

—No hay de qué, no hay de qué. Yo también he sido joven y comprendo perfectamente las tonterías que se hacen por una mujer guapa a la edad de usted. Y también me hago cargo de que trate de resolver el asunto sin que se entere su padre. El amigo Reginald no es como nosotros. Tiene un concepto distinto de la vida. Puede decirse que habita en un mundo aparte. Personalmente, siempre he sido partidario de divertirme un poco, porque de otro modo la vida sería insostenible. Claro que no todos opinan igual.

—Respecto a la forma de devolverle...

—Tranquilícese. Ya hablaremos de esos detalles cuando le entregue el dinero. Le daré amplias facilidades.

El secretario particular, sin decir una palabra, llenó de nuevo los vasos. Los cuatro hombres bebieron.

—Tiene usted un hermoso yate, señor Morrison.

El banquero sonrió, complacido.

—Un capricho muy costoso y del que, por causa de mis muchas ocupaciones, no puedo disfrutar todo lo que quisiera. Me gusta el mar y, sin embargo, se me pasan los meses sin pisar el barco. Un día de éstos se lo mostraré a usted detenidamente, porque ahora no tengo tiempo. He de discutir con el capitán unos detalles respecto a un viaje que tengo proyectado.

Era una forma muy diplomática de advertir que daba la entrevista por terminada. Entendiéndolo así, Leuman y Merrick terminaron de apurar sus bebidas y se levantaron.

—Le dejamos, señor Morrison —manifestó Steve.

El potentado, sacando la cartera, alargó a Merrick una tarjeta.

—Ahí tiene el teléfono de mi despacho. Llame mañana de once a doce.

—De acuerdo, y gracias, una vez más.

El impertérrito Grey los acompañó a cubierta, despidiéndose de ellos junto a la escalerilla.

Regresaron a tierra en la misma lancha que los llevara al yate.

En el coche, camino del centro de la ciudad, Richard comentó:

—No creí que pudiera resolver el problema tan fácilmente.

—Ya te dije que sí. Morrison es un gran tipo. ¿Dónde te llevo? Yo voy ahora a ver a una amiguita.

—Está bien. No quiero estorbar. Para aquí mismo.

Iban en aquel momento por la calle Fulton y Steve detuvo el automóvil, apeándose su amigo.

—¿Nos veremos mañana?

—Sí; ya te llamaré. Tengo que volver a ambientarme. Me noto un poco desplazado después de mi ausencia.

—Yo me encargaré de eso —aseguró Leuman, guiñándole un ojo—. Plasta mañana.

—Buenas noches.

El agente del

F. B. I.

camino en busca de un restaurante, donde saciar su apetito. No había comido nada desde la hora de la merienda.

La primera parte de su plan iba saliendo conforme pensara. De todas formas, Merrick se sentía algo nervioso. Aquel camino lento de la astucia, ¿le llevaría alguna vez al final? Ciertamente que no podía hacer otra cosa que seguir el plan trazado por Hoover, a no ser que encontrara el procedimiento de acelerar los acontecimientos. Pero, por más que meditaba, no veía ningún medio adecuado. Recordaba las palabras de su jefe; «De usted depende que la farsa dure mucho o poco».

No le convenía tomar decisiones precipitadas. Hasta el momento presente, todo marchaba bien. Incluso había tenido suerte. De obstinarse en imprimir rapidez a la investigación, se exponía a tener un tropiezo que lo echara todo a rodar.

Al fin y al cabo, era su primera actuación como agente del

F. B. I.

Carecía de experiencia. La paciencia y la astucia debían ser sus

armas más poderosas.

Recordó el proverbio árabe, que dice: «Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar por delante el cadáver de tu enemigo».

Fue a cenar a un pequeño restaurante, propiedad de un italiano de dudosa reputación, del que en otros tiempos era cliente asiduo.

Después de la cena estuvo un par de horas en un «*cabaret*», y por último, regresó a su casa. Al día siguiente volvería a ver a Morrison. Y eso era lo importante.

Se quedó dormido pensando en Virginia Cleve.

VI



las once y cuarto de la mañana siguiente, Richard Merrick marcaba el número de las oficinas del banquero.

En su despacho, Red Morrison, al serle puesta la comunicación desde otro despacho anejo, descolgó el auricular.

—Al habla.

—Soy Merrick, señor Morrison. Le llamo a usted a la hora convenida.

—Muy bien, muy bien; no he olvidado su asunto. Podemos vernos hoy mismo... Déjeme pensar la hora y el sitio. Tantas ocupaciones...

Leslie Grey, hierático y tranquilo como siempre, entró en el despacho. Llevaba en la mano un papel. Hizo una expresiva seña al financiero, quien, tapando el «micro», inquirió:

—¿Qué pasa?

—La lista, señor; haga el favor de echarle un vistazo —y el secretario particular puso el pliego ante los ojos de su jefe, señalando con el índice un punto determinado. En su casa, Richard Merrick, con el teléfono en el oído, esperaba...

—Interesante —comentó Morrison, en voz baja—. Está bien, Grey; puede retirarse.

El secretario obedeció.

—Escuche, Merrick: hoy es un día terrible para mí. Seguramente no estaré desocupado hasta la noche. ¿A usted le importaría ir a verme al Club Ivory's, de la calle Treinta y Seis, a eso de las doce?

—No, señor.

—Se trata de un sitio reservado, al que voy con frecuencia, después de cenar, a jugar una partida. Si le ponen algún inconveniente para entrar, de mi nombre.

—Creo que no hará falta. En otros tiempos me conocían.

—Espléndido. Entonces, le espero a las doce. A esa hora ya estaré libre; le entregaré el dinero y podremos charlar un rato. Lamento hacerle esperar hasta tan tarde, pero antes es imposible. Me aguarda un día de mucho ajeteo.

—No se preocupe. Lo mismo me da unas horas más o menos.

—Adiós, Merrick.

—Hasta luego, señor.

Richard colgó el teléfono, con semblante ceñudo. ¡Tenía que esperar hasta las doce de la noche! Todo un día por delante sin poder hacer nada útil. Claro que, bien pensado, el hecho de recibir el préstamo no era más que el segundo paso en el lento camino hacia la meta. Todo había que hacerlo así, sin prisas, poco a poco...

Sin embargo, no podía evitar que la inacción le crispase los nervios. Por la mañana cursó un telegrama a Washington, en clave, que, traducido, decía lo siguiente:

«Averigüen viajes efectuados por el yate "Juventus" y si las estancias del mismo en Nueva York coinciden con épocas en las que se recrudece el tráfico de drogas, billetes falsos, etc. Envíen la respuesta a lista de telégrafos. —*Merrick*».

Era una posibilidad, sin otro fundamento que su intuición; más

podía resultar algo interesante. Y al mismo tiempo, el telegrama serviría para demostrar a Hoover que el agente Merrick no permanecía inactivo.

Comió en un restaurante de la calle Cuarenta. Deseaba verse lo menos posible frente a su padre, en cuya presencia se sentía cohibido y violento, temeroso de perder en cualquier instante el dominio de sus nervios y confiarle la verdad.

Realmente, resultaba un poco excesiva la farsa. Para Reginald Merrick supondría la mayor satisfacción de su vida enterarse de que su hijo era agente del

F. B. I.

Y sabría guardar el secreto. Al fin y al cabo, era también un servidor de la Ley. Hasta podría ayudarle con sus consejos y su gran experiencia en asuntos criminales.

Cuando pensaba esto, acudían inmediatamente a su memoria las palabras de Hoover. No le quedaba más remedio que callar y seguir adelante con la comedia. La caza de Morrison acaso se prolongara mucho tiempo. Se exponía a que el fiscal, aun sin proponérselo, cometiera una indiscreción. Bien por orgullo paterno, bien porque alguien hablara mal de su hijo en su presencia. ¡Tendrían que ocurrir aún tantas cosas!

Si Morrison se enteraba de que él, Richard, era un agente del

F. B. I.,

toda la labor que para entonces hubiera podido realizar se vendría abajo en el acto. El único procedimiento de evitarlo era no decírselo absolutamente a nadie.

Después de comer, Richard se aburrió varias horas en un «cine» de sesión continua, viendo dos películas. Las dos trataban del tema del psicoanálisis. Estuvo un largo rato en un bar, charlando con un antiguo amigo, al que se encontró por casualidad. Por fin regresó a su casa.

La cena, en compañía del fiscal, fue un tanto tétrica y silenciosa. Apenas hablaron. Reginald Merrick estaba de mal humor, sin duda por el asesinato del día anterior.

A las diez y media, Richard, vestido de etiqueta, salió de nuevo a la calle y descendió tranquilamente por Lexington Avenue. Faltaba hora y media para la hora de la cita, que debía entretener de algún modo para no llegar con demasiada antelación. Pura

impaciencia, el haber salido tan temprano, que él mismo trataba de justificar diciéndose que era preferible andar por la calle que permanecer con su padre en aquella situación tan difícil.

Había un coche detenido junto al bordillo, unas doscientas yardas más abajo de su casa. Un hecho corriente, sin importancia. Al pasar junto al automóvil se le acercó, sonriendo, un individuo.

—¿Señor Merrick?

—Yo soy —repuso Richard, asombrado.

Otro sujeto surgió tras él, hundiendo el cañón de una pistola en las costillas del agente.

—¡Suba al coche! ¡Pronto!

El estupor dejó momentáneamente a Merrick privado de la capacidad de reaccionar. No podía explicarse aquello de ningún modo.

—¿No ha oído? —inquirió en tono feroz el de la pistola—. ¡Suba!

Miró en torno suyo. Unos transeúntes, a lo lejos. Ningún policía a la vista. Las intenciones de los que trataban de meterle en el automóvil no dejaban lugar a dudas. Resistirse era insensato. Había sido un imbécil dejándose en su casa la pistola, aunque en la forma en que fue sorprendido quizá no le hubiera servido de nada.

Desconcertado aún, entró en el vehículo. Pudo advertir que no era un «Lincoln» ni estaba pintado de gris. Los dos sujetos que le amenazaron se sentaron junto a él, haciéndole objeto de un rápido cacheo.

—No lleva nada —afirmó el que le saludara por su nombre.

—Qué raro —replicó el otro.

Un tercer individuo, sentado ante el volante, puso en marcha el coche, que arrancó a toda velocidad.

—Desearía saber qué clase de broma es ésta.

—Una broma muy pesada... para ti.

—No entiendo nada de esto. Debe tratarse de una confusión —Richard trataba de enterarse al menos de los motivos del secuestro.

—¡Cierra el pico, «bofia»!

Se quedó alelado. Sabían su nombre y también su condición de agente. ¿Cómo era posible? ¿Quién podía haber descubierto en tan poco tiempo su identidad? ¿Conocían aquellos «gangsters» la misión que le llevara a Nueva York? ¿Cuáles eran sus intenciones?

De todas aquellas preguntas solamente encontraba una fácil respuesta para la última. Lo más probable era que fuesen a matarle. Aquello tenía todo el cariz de un «paseo». Preguntó:

—¿Puedo saber dónde vamos?

—A dar un paseíto.

Bien; como calculaba, iban a liquidarlo. ¡Bonito estreno como agente del

F. B. I.!

Dos días escasos de actuación; bueno, de una actuación relativa porque, en realidad, no había hecha, gran cosa; y allí estaba, cazado como un conejo, a merced de los tres tipos que se lo llevaban lindamente. Principio y fin casi juntos.

Lexington Avenue adelante, el coche llegó a Unión Square, torciendo por la calle Catorce para seguir después por la Segunda Avenida hasta la calle Doce. Se dirigían a las márgenes del East River, donde se halla el parque del mismo nombre, entre el puente de Williamsburg y Canarsie Line.

—¿Puedo fumar?

—Bueno, pero cuidadito con los trucos —repuso uno de ellos.

Encendió un cigarrillo. Su mano no temblaba. Casi seguramente, de no ocurrir un milagro, iba a morir y, sin embargo, no sentía miedo. ¿Por cuenta de quién trabajarían aquellos tipos? ¿De Morrison? No lo creía probable. El banquero no podía haber adivinado en unas horas que él, Richard, era un agente. O tal vez sí. Recordó sus conclusiones de la mañana anterior, a raíz del asesinato del detenido Slatter y de los dos agentes. Audacia y un buen servicio de información.

Adivinando el lugar adonde le llevaban, se puso a examinar con atención a sus secuestradores. Tendría que aprovechar el momento de parar el coche para jugárselo todo a una carta desesperada.

El que se le acercó, llamándole por su nombre, era un hombre viejo, con aspecto clásico de hampón, vestido con ropa de mal gusto, chillona.

En cuanto al que le amenazó por detrás con la pistola... le recordaba a alguien. En la penumbra del coche no distinguía con mucha claridad los rostros.

Encendió un segundo cigarrillo, después de pedir permiso para ello. La vacilante llama del fósforo le permitió reconocer

instantáneamente al «gangster». ¡Era el mismo que vio el día anterior tras la ventanilla del «Lincoln» gris!

Richard Merrick, claro está, no tenía ni la menor idea de la personalidad del viejo Bill y de Rocky Scott. Ignoraba, por tanto, que este último era el asesino material del inspector Crowley.

—Acelera, Baxter. A este paso no llegaremos nunca.

—Un poco de calma. No es cosa de exponerse a que nos detenga un policía de tráfico.

Richard Merrick, fumando, meditaba serenamente. Algo había fallado en los astutos planes de Hoover. Lo que no lograba comprender era que fuesen a liquidarle fríamente, sin decir una palabra. Si le consideraban un peligro para quien fuera, ¿cómo no trataban de averiguar lo que él pudiera saber, lo que pudiera saber el

F. B. I.?

¿O es que no querían arriesgar nada? ¿Tanta prisa les corría eliminarlo del mundo de los vivos?

Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad alejó todos estos pensamientos para concentrar su atención en las posibilidades que hubiera de escapar con vida. No muchas, ciertamente. Los rostros del viejo Bill y de Rocky Scott, sombríos y hostiles, no eran precisamente esperanzadores. Pero mientras hay vida...

No llevaba armas. Tampoco iba atado. Sus manos y pies, libres, le permitirían al menos luchar si se presentaba ocasión para ello. El viejo parecía fuerte, pero era eso, un viejo. Y el otro no daba la impresión de ser muy vigoroso. En una lucha sin armas, contra los dos juntos, no habría tenido inconveniente en apostar por sí mismo sencillo contra triple.

Se fijó ahora en el que conducía. No veía de él más que un cuello y unos hombros de atleta. Tendría que prestarle mucha atención en caso de poder entablar pelea. Y si no llegara este caso... Suspiró hondo. Mala suerte. El destino de los hombres está marcado desde que nacen. Sería el suyo morir en una cuneta, indefenso, asesinado por tres rufianes.

—Puedes ir parando, tú. Yo creo que aquí estamos bien.

Había llegado el momento. Conforme a las suposiciones de Richard, el automóvil se detuvo a orillas del East River Park.

El río, del que toma su nombre, poblado de espesa vegetación y

gran cantidad de árboles. A aquella hora, el oscuro y solitario paraje no podía resultar más a propósito para las intenciones del siniestro trío de bandidos.

El conductor fue el primero en bajar, abriendo a continuación la puerta trasera. Empuñaba una pistola. Los otros dos también tenían ya las armas en la mano.

—¡Abajo, tú! —ordenó Rocky. Parecía, por el tono de su voz, que estuviera disfrutando del mayor de los placeres. Era un sádico que gozaba asesinando.

Encomendándose a Dios, Richard Merrick descendió, empujado por el cañón de una «Luger». Sus últimas esperanzas se desvanecían. Tres pistolas apuntándole... Lo único que se le ocurría era correr a ocultarse entre los árboles. Pero tenía muy pocas probabilidades de dar más de cuatro pasos sin que las balas, pusieran fin a su carrera y a su vida.

—Un momento —exclamó, tratando de ganar tiempo—. Ya que me vais a matar me gustaría saber quién os manda y por qué.

—Nos manda uno que paga bien —respondió, evasivo, Rocky—, y cuya identidad no nos importa, ni a ti tampoco. Y la causa no es difícil de adivinar. Eres un maldito federal y supongo que tú te lo has buscado. ¡Andando!

De un empujón le hicieron descender el pequeño declive que había junto a la carretera. Sus pies pisaron una mullida alfombra de hierba.

Oyó el chasquido característico del seguro de una pistola al ser quitado. Unas ramitas crujieron bajo la suela de sus zapatos.

En el ominoso silencio de la noche, el más pequeño rumor sonaba con una claridad diáfana. El rostro de Virginia Cleve se apareció ante él, como entre nubes color ceniza, mirándole con reproche. Después el de su padre. Y el de Myriam. Pronto se reuniría con ella. Luego, las facciones enérgicas de John Edgar Hoover, cuando le explicaba la misión que debía realizar y que terminaba tan brusca como trágicamente. Todo en menos de un segundo. En aquel momento sintió el temor de la muerte y un frío glacial invadió su cuerpo y sus sentidos.

Y fue entonces cuando un acontecimiento imprevisto vino en su ayuda. Los faros de un automóvil rasgaron las tinieblas, iluminando el fatídico grupo formado por el hombre que avanzaba de cara a la

muerte y los tres verdugos que le seguían.

—¡Cuidado! —gritó el viejo Bill—. ¡Pueden vernos!

Uno de los profesores de Quantico había dicho a Richard en diversas ocasiones, que su mejor cualidad era la rapidez de reflejos que poseía. Y en aquel instante decisivo supo hacer uso de ella.

Miró hacia atrás un segundo a tiempo de ver cómo los tres forajidos descuidaban un momento su vigilancia, mascullando imprecaciones contra la inoportuna aparición del coche que, para colmo, no iba a gran velocidad. Tal vez no se les ocurrió siquiera que un hombre pudiera hurtarse a las balas de tres pistolas con la rapidez que Richard lo hizo.

De las seis primeras zancadas avanzó más de veinte yardas.

—¡Que se escapa! ¡Duro con él!

El ruido de los primeros disparos se confundió con el del motor del coche que pasaba. No se detuvo. O sus ocupantes no habían visto la escena o quizá precisamente, por haberla visto, deseaban desaparecer de allí. Hay mucha gente poco amiga de complicarse la vida.

Rocky, Baxter y el viejo Bill emprendieron la persecución del fugitivo, que había logrado ganar el bosquecillo sin ser alcanzado por ninguna bala y galopaba desenfrenadamente en zigzag, haciendo regates entre los árboles que, aunque no muy gruesos, le prestaban cierta protección contra las balas de sus enemigos. Éstos disparaban sin cesar, maldiciendo como energúmenos.

Baxter marchaba el primero, seguido de Rocky Scott, cuyos denuestos atronaban el aire casi con más intensidad que los disparos. Al viejo Bill le pesaban los años e iba quedándose rezagado.

Richard Merrick corría bastante más que ellos. En parte debido a su mayor fortaleza y entrenamiento, y en parte porque le desesperación y la angustia ponían alas en sus pies. No volvía la cabeza. Calculaba que debía llevar lo menos cuarenta yardas de ventaja a los asesinos. Y su único anhelo, de momento, era poner tierra de por medio.

Las balas silbaban por encima de él, o por los lados, o se enterraban detrás, en la hierba. Es muy difícil disparar con acierto cuando se va corriendo y los árboles se interponen a cada momento entre el blanco y el tirador. Y más aún de noche, sin otra luz que los

rayos de luna que se filtraban a trechos entre el ramaje. Los constantes cambios de dirección de Richard desconcertaban a los «gangsters».

Sintió de pronto una quemadura lacerante en el muslo derecho. Una de las balas había encontrado al fin su punto de destino. Sin embargo, continuó corriendo. El dolor no le impedía el movimiento de la pierna herida. De haber tenido un arma, se habría parapetado tras un tronco, esperando tranquilamente a los forajidos. Le hubiera sido muy fácil acabar con ellos.

Pero desarmado como estaba, no podía hacer otra cosa que correr. Empezaba a notar los primeros síntomas de fatiga. Los criminales habían dejado de hacer fuego. Seguramente, agotadas las balas, estaban recargando las pistolas.

Richard, sin dejar de correr en zigzag, iba describiendo un amplio círculo. Sabía que de continuar en línea recta no tardaría en encontrarse ante las aguas profundas del East River. El río es ancho por aquella parte y si trataba de cruzarlo a nado, ofrecería mejor blanco a los criminales.

Su propósito era volver al punto de partida, fiado en su sentido de la orientación. Si los bandidos, obsesionados en cogerle, mordían el anzuelo y continuaban tras él, podría llegar a la carretera manteniendo la distancia, apoderarse del coche y huir. De lo contrario lo iba a pasar muy mal. El pequeño bosque se hallaba totalmente solitario. No cabía esperar ayuda ni encontrar cobijo. Y tampoco podía seguir corriendo indefinidamente. Eran tres contra uno, y a pesar de que la herida no debía ser grave, notaba el constante resbalar de la sangre pantorrilla abajo. Llegaría un momento en que, debilitado, se vería obligado a descansar; sus perseguidores darían con él y le rematarían sin compasión.

La primera parte de su plan salió perfectamente. Seguía aumentando las distancias. Los rufianes volvían a disparar. Escuchaba de cuando en cuando sus soeces juramentos. Pero solamente Baxter y Rocky iban en pos del agente federal, y esto no lo sabía Richard.

Ya se hallaba en la carretera, a unas cincuenta yardas del automóvil. El bárbaro esfuerzo realizado y la herida de la pierna comenzaban a dejarse sentir, haciéndole jadear, fatigado. La vista del coche le infundió nuevas energías. Una última carrera y estaría

salvado.

El viejo Bill, convencido de la inutilidad de correr, había regresado al camino. Él no estaba en condiciones de soportar aquella marcha desenfrenada como si fuera un muchacho de veinticinco años. Filosóficamente, se sentó en el estribo del coche a esperar el resultado de la caza.

Además, astuto por naturaleza, pensó en las dificultades que el fugitivo tenía de escapar y no dejó de ocurrírsele que engañara a sus compinches dando un rodeo para volver a la carretera. Eso, o lanzarse al río. Baxter y Rocky eran, en opinión del viejo Bill, dos malas bestias sin inteligencia. Todo lo que harían sería correr como insensatos tras el agente, pero nunca pensar con la cabeza. Y no hubo error en el razonamiento del «gangster».

Comprendió que había acertado al oír, a su izquierda, las detonaciones que se acercaban. Oculto al otro lado del coche, vio llegar a Merrick corriendo como un poseído. El rufián se recreaba en la sorpresa que iba a dar al de la «bofia» cuando él, Bill, apareciera para llenarle el cuerpo de plomo. O mejor, no. Mejor sería mantenerle bajo la amenaza del arma hasta que llegaran sus compañeros. Entre tanto se reiría unos minutos con el maldito polizone, que debía creerse muy listo pensando que había dado esquinazo a los tres. Por fortuna, hasta aquel momento los disparos en el bosquecillo no parecían haber causado alarma.

Todo aquel proyecto fue lo peor que pudo imaginar el viejo Bill. En vez de disparar sin previo aviso, surgió, pistola en mano, ante Richard cuando éste, con un gesto de triunfo, se disponía a abrir la portezuela del coche. Y en aquel momento Richard Merrick no era un hombre. Era como una especie de fiera herida, acosada y rugiente de indignación que, cuando se cree ya a salvo, ve interponerse un obstáculo en el camino de la salvación. Y entonces lo arrolla todo con un desprecio infinito del peligro.

Antes de que el viejo Bill tuviera tiempo de pronunciar la primera sílaba de lo que pensaba decir, el agente federal levantó vertiginosamente la pierna sana, golpeando sañudamente con la punta del zapato la mano armada de Bill que, asombrado y dolorido, vio volar la pistola por los aires.

Acto seguido, y sin darle tiempo a reponerse, se abalanzó sobre el «gangster» como un tigre. Cogido de improviso, Bill cayó al suelo

con el cuerpo del agente encima. Era fornido y quiso luchar, pero Richard Merrick no podía desperdiciar ni un minuto. Las voces de Scott y Baxter sonaban ya muy cerca de la carretera. Con la mano izquierda agarró a su contrincante, que se debatía furioso, por la chaqueta, obligándole a quedar de costado en el suelo. Después, su mano derecha golpeó varias veces, de canto, el cuello del rufián hasta que notó que el cuerpo de éste quedaba inmóvil bajo el suyo.

Se puso en pie. En un momento pensó varias cosas. Recoger la pistola del inconsciente «gangster», con objeto de esperar a los otros dos y hacerlos frente, deteniéndolos o matándolos. No veía el arma y no era cosa de entretenerse en buscarla. Si no la encontraba a tiempo quedaría de nuevo a merced de los forajidos. Podía llevarse al que acababa de poner fuera de combate. Eso sí era interesante para arrancarle alguna declaración.

Al inclinarse sobre el caído comprobó, desalentado, que no había nada que hacer. Debió golpearle con demasiada fuerza. La carrera de crímenes del viejo Bill había terminado. Estaba muerto.

Richard subió al coche. Las voces de Baxter y Rocky se aproximaban por momentos, aunque debían andar un poco despistados entre la arboleda. Puso en marcha el motor y, con una sangre fría increíble, maniobró en la carretera para dar la vuelta. Cuando enfilaba en dirección a la ciudad aparecieron sus perseguidores a unas veinte yardas de distancia.

Richard pisó a fondo el acelerador y el auto —un soberbio «Buick» último modelo— partió como un meteoro a través de la noche. Un balazo fue a incrustarse en la parte trasera de la carrocería, sin consecuencias. Los siguientes ya no le alcanzaron. En pocos segundos la aguja del cuentavelocidades marcaba las setenta y cinco millas por hora.

Lanzando un hondo suspiro, Richard extrajo un pañuelo del bolsillo para secarse el abundante sudor que resbalaba por su frente y cuello. Después encendió un cigarrillo, conduciendo sólo con la mano derecha. Era agradable la sensación del humo en los pulmones luego del espantoso rato pasado.

Miró el reloj. Las once y media. Apretando un poco, aún le quedaba tiempo de hacerse una cura provisional en la pierna y acudir a la cita con Red Morrison. Antes pasaría por su casa a recoger la pistola. Si era necesario luchar, lucharía hasta la muerte,

pero, a ser posible, en igualdad de condiciones.

¿Sería el banquero el culpable de todo? Cuando Richard se presentara ante él, la reacción de Morrison al verle se lo haría saber. Por mucho dominio que tuviera de los nervios, el «gangster» no podría evitar traicionarse, aunque no fuese más que con el gesto.

Sin embargo, el joven no estaba convencido de que la orden de eliminarle hubiese partido de Morrison. ¿Cómo podía haber averiguado en tan poco tiempo su identidad de agente del F. B. I.?

Abandonó el coche de los pistoleros en la calle Treinta y Nueve, trasladándose en un «taxi» a su domicilio.

Ayudado por Robert, del que obtuvo la firme promesa de guardar silencio, procedió a vendarse la herida del muslo. Era un sedal sin importancia. La bala había atravesado la carne limpiamente, sin interesar el hueso, y, una vez contenida la hemorragia con el fuerte vendaje, no sentía demasiadas molestias.

Después de cepillar el «*smoking*» lavarse y beber un buen trago de coñac, tomó la «*Parabellum*» y se lanzó de nuevo a la aventura.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES. MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

VII



las doce y cuarto se apeaba de un «taxi» a la puerta del Ivory's Nadie hubiera supuesto que el edificio, de vulgar apariencia, albergaba en su interior un elegante club en el que se bailaba, se bebía y se jugaba a discreción.

Carecía de letrero o indicador alguno. Richard lo conocía bien de tiempos anteriores. Un sitio donde el derecho de admisión estaba rigurosamente reservado y al que sólo tenían acceso los conocidos.

El joven pulsó el timbre de la puerta. Nada en su aspecto denotaba la lucha sostenida un rato antes. Limpio y peinado, sonriente, igual que un ciudadano cualquiera dispuesto a divertirse hasta la madrugada. Abrióse una enrejada mirilla y una voz interrogó:

—¿Quién?

—Soy Richard Merrick. El señor Morrison me espera.

Un hombre, vestido de etiqueta, le franqueó la entrada, saludándole, afablemente.

—Buenas noches, señor Merrick. Mucho tiempo sin venir por aquí.

Pasó al interior. Una amplia sala, bien decorada, en cuya pequeña pista bailaban algunas parejas a los acordes de una orquesta no muy numerosa. Al fondo, arrancaba una escalera de ancho pasamano de madera. A la derecha, el largo mostrador, en forma de elipse, de bruñida superficie, y tras el que se movían con celeridad los camareros atendiendo a los clientes. Bastantes mesas, ocupadas casi todas por un público selecto en apariencia.

Richard se dirigió a la barra, encontrándose con Steve Leuman que, en unión de otros individuos, estaba tomando un «*whisky*». El agente del

F. B. I.

pensó que su amigo debía llevar bastante rato bebiendo, a juzgar por la expresión de estupidez de su rostro.

—¿Qué hay, Steve?

—Hola, muchacho. ¿Qué haces por aquí?

—Morrison me citó. ¿Sabes si ha venido?

—Sí. Te acompañaré. Está arriba, en un reservado especial. Tiene intereses en este negocio, ¿sabes?

Ascendieron la escalera. La orquesta interpretaba un tango de lánguidas cadencias y la sala estaba casi en la penumbra, sin más que una tenue luz indirecta de azulados tonos.

En el piso de arriba, un «*hall*» del que arrancaba un pasillo a derecha e izquierda. Siguieron el de la derecha. Steve golpeó la segunda puerta con los nudillos y entró, anunciando:

—El amigo Merrick está aquí.

Rápidamente, Richard se coló tras él. Se hallaba en una estancia no muy grande, de paredes acolchadas en rojo, provista de un lujoso armario y una pequeña mesa con tapete verde. En un rincón, un confortable sofá en el que se sentaban Red Morrison y Leslie Grey.

Richard los miró fijamente sin poder descubrir en ellos el menor síntoma de sorpresa. Sus rostros no denotaban ninguna emoción.

—Hola, Merrick —saludó el banquero con naturalidad—. Creí que no iba a venir.

—Me retrasé un poco a causa de... una avería en el «taxi». Lo lamento.

—No tiene importancia. Siéntese.

Tomaron asiento y el secretario sirvió de beber, Merrick procuraba no perderse detalle de nada, observándolos con toda atención. Se conducían de un modo completamente normal; no se cruzaba entre ellos una seña, una mirada de inteligencia, nada en fin que pudiera resultar sospechoso.

Indudablemente, el intento de «paseo» sufrido por Richard no fue debido a Morrison. Un nuevo problema a resolver, porque de no ser cosa del banquero no se le alcanzaba quién podría tener interés en matarlo.

Sin embargo, debía permanecer alerta. El contacto de la «*Parabellum*» le infundía una sensación de seguridad. Estaban en un establecimiento público y, aunque se hallaban en aquel reservado, no sería fácil que intentaran nada contra él. La presencia de Steve Leuman era también una garantía.

Morrison sacó del bolsillo interior de la americana una lujosa cartera de piel de Rusia y de ella un fajo de billetes de mil dólares, nuevecitos. Contó veinticinco, entregándoselos a Merrick.

—Ahí tiene. Pague su deuda y viva tranquilo, muchacho.

Richard guardó el dinero. Estaba claro que no desconfiaban de él.

—Muchas gracias. Le firmaré un recibo...

—Luego. ¿Por qué no nos acompañan ustedes a jugar una partida de póker? Esperábamos a dos amigos y, por lo visto, no vienen.

—Por mi parte no hay inconveniente —accedió Steve Leuman.

—Hombre, si las puestas no son muy altas... —dijo Merrick, riendo—. No tendría ninguna gracia que me ganaran ustedes el dinero que me acaba de prestar.

—Jugaremos un póker modesto. Además, ya sabe que tiene amplio crédito conmigo.

El secretario particular sacó del armario barajas y fichas. Nunca decía nada aquel extraño sujeto. Tomaron asiento ante la mesa de juego y comenzaron la partida.

La suerte, en un principio, se mostraba alterna. Steve Leuman empezó a perder y refunfuñaba de vez en cuando, haciendo

consideraciones sobre su mala estrella.

Richard observó que su amigo no estaba borracho como él había creído al encontrarle abajo. ¿Por qué, entonces, le habría mirado de aquella forma tan rara?

Morrison jugaba arriesgando muchísimo, alegremente, con la valentía propia del hombre al que le tiene sin cuidado perder o ganar unos cientos o unos miles de dólares.

Leslie Grey, frío e indiferente, silencioso, era la estampa del perfecto jugador del póker. Imposible captar el más pequeño gesto en su cara de palo, que delatara su juego.

Llevarían una media hora jugando, cuando Morrison, consultando el reloj, se levantó, exclamando:

—Discúlpennme un momento, señores. Tengo que hacer una llamada telefónica. Enseguida vuelvo con ustedes.

Salió de la estancia. Los otros tres volvieron a beber aprovechando la pausa. Richard seguía mirando a su amigo con cierta insistencia. Una vaga inquietud le envolvía, como si presintiera que, a pesar de las apariencias, las cosas no iban bien. Pero era absurdo completamente sospechar de Steve. Y Leslie Grey le ponía nervioso con su silencio constante.

—Juega usted muy bien —manifestó Richard, para obligar a decir algo al secretario.

—Oh, no lo crea. Procuro no dejarme arrastrar por la pasión. Eso es todo. Tengo poca práctica.

—A mí este juego me saca de quicio —aseguró Steve—. Prefiero los dados o la ruleta, o cualquier otro en el que pueda uno chillar y reírse, y comentar las incidencias. El póker es un entretenimiento sepulcral.

Regresó Morrison en aquel momento.

—Ya podemos continuar, señores.

Le tocaba dar los naipes a Richard. En aquella baza ligó un «full» de ases, ganando una cantidad considerable.

Siguieron la partida durante media hora más. El humo de los cigarrillos iba enrareciendo el ambiente de la habitación. De fuera no llegaba ningún rumor. Las acolchadas paredes lo impedían.

Steve Leuman repartió las cartas. Richard, al encontrarse de pronto con cuatro ases, sonrió imperceptiblemente.

—Usted habla, Merrick.

El agente del
F. B. I.

empujó todas las fichas que tenía al centro de la mesa.

—Va mi resto.

Grey y Steve pasaron.

—Voy —dijo Morrison.

—¿Cartas? —preguntó Leuman.

—Servido —fue la respuesta de Richard.

Morrison pidió dos, y después de echarlas una ojeada aumentó la puesta en doscientos dólares más. Merrick aceptó.

—Veamos su juego, muchacho.

Con una sonrisa, Richard puso los cuatro ases boca arriba sobre el tapete, Alargaba ya la mano para recoger las ganancias cuando le detuvo la voz de Morrison, al advertir:

—Un momento, amiguito. Créame que lo siento, pero tengo escalera de color.

Al mismo tiempo mostró su jugada. Richard se quedó un tanto confuso. Era mala suerte tener de entrada un póker de ases y que su contrario ligara una escalera real.

El financiero miró una vez más el reloj. Su voz tenía un tono completamente distinto del habitual al exclamar:

—¿No le enseñaron a jugar al póker en Quantico? Tengo entendido que allí enseñan de todo.

Coincidiendo con esta frase, el impávido Grey, de un salto felino, abandonó la silla, situándose a espaldas de Richard. El joven se puso lívido al sentir en la nuca el frío contacto del cañón de una pistola. Reaccionando, repuso:

—No le comprendo...

—Vamos, vamos, Merrick; no se haga de nuevas. La farsa ha terminado.

Steve Leuman, con el rostro rojo como la grana, rehuía la mirada acusadora de su amigo. Ahora comprendía Richard por qué le había mirado de aquel modo tan raro al verle entrar en el club. Y por qué había subido a acompañarle a presencia de Morrison, entrando primero para anunciarle. De esta forma, el banquero y su secretario tuvieron tiempo de disimular a la perfección su sorpresa. Iba a resultarle fatal no haber desconfiado de Steve.

—¡Registradle! —ordenó Morrison.

Lo hizo Leuman, aumentándole aún más el sonrojo. La pistola y los veinticinco mil dólares que el banquero le entregara un rato antes, fueron depositados sobre la mesa.

Mal asunto. Morrison actuaba al parecer sobre, seguro. Resistirse era inútil. Sospechaba que Leslie Grey experimentaría un gran placer apretando el gatillo y no quería darle la oportunidad de hacerlo. Se mantuvo inmóvil, con las manos sobre el verde tapete, tratando desesperadamente de discurrir una explicación. No tuvo tiempo. Morrison hablaba de nuevo:

—Nos ha dado un buen curso de fingimiento con el cuento ese de la deuda en San Francisco. De veras que representaba bien su papel. Pero ya no necesita seguir ejercitando sus facultades de actor. Este juego es con las cartas boca arriba y también tengo escalera de color. Los triunfos son míos. ¿Algo que alegar?

—Que me está usted hablando en chino. Y no lo entiendo.

—No pierda el tiempo. Le explicaré algo. Verá. Steve es un chico muy listo. Cuando acudió a él con su linda historia, en demanda de ayuda, no sabía que fuera usted del

F. B. I.

El muchacho pensó en la conveniencia de prestarle el dinero. Le dio mi nombre y me puso en antecedentes de la entrevista que tuvieron ayer por la tarde. Podía interesarnos ir complicando en nuestro negocio al hijo de esa hiena de fiscal. Una bonita baza. Debió usted pensar que éramos unos estúpidos haciéndole el juego tan fácilmente. Porque eso era precisamente lo que pretendía con la comedia. ¿No es así?

Richard no contestó. El «gangster», después de encender un cigarrillo con lentos ademanes, prosiguió:

—Tengo amigos poderosos e influyentes en todas partes. Cada vez que de la Academia de Quantico sale una promoción de sabuesos, yo recibo una lista detallada con los nombres de todos. Sencillo, ¿verdad? Siempre es conveniente estar al tanto de lo que hace el

F. B. I.

Al fin y al cabo, es la única organización policíaca que nos merece un cierto respeto. La última relación ha llegado con algo de retraso. Grey la recibió justamente en el momento en que yo hablaba con usted por teléfono esta mañana, y me la mostró a tiempo. Número

cuatro, Richard Merrick. Pensé rápidamente y decidí citarle aquí con idea de apoderarme de usted, como ahora, y obtener alguna información que necesito. Pero mis ayudantes —hizo un ademán con la mano, señalando a Leuman y a Grey—, asustados y nerviosos, eran partidarios de liquidarle y no correr riesgos. Me convencieron y di las órdenes oportunas para ello.

—Alguien murió, efectivamente, y no he sido yo —dijo Merrick, con cierta ironía.

—Ya lo sé. Se presentó aquí cuando ya le creíamos en el otro mundo. Una vez más, Steve demostró lo mucho que vale al subir con usted y anunciarnos su llegada. Le entregué el dinero para que se confiase. La partida de póker fue un pretexto para ganar tiempo y enterarme de lo ocurrido con mis hombres y de las posibles consecuencias. Telefonéé y me explicaron todo. Admirable, muchacho, admirable. Escapar, sin armas, de las garras de tres pistoleros y dar muerte a uno de ellos, no es empresa fácil. Le felicito. ¡Lástima que no esté con nosotros!

—¿Ha matado a uno? —inquirió el secretario particular.

—Sí; a Bill. Nada se ha perdido. Ya era viejo. Por cierto, Grey: hay que advertir a esos que no podemos tolerar errores como éste. Los he mandado venir. Ya deben estar abajo. Ve a comprobarlo, Steve.

Leuman fue a cumplir la orden.

—Y ahora, ¿qué? —interrogó, con sorna, Merrick.

—Ahora me alegro de que haya escapado, volviendo así las cosas a mi primitivo plan. Tendrá que contarnos lo que sabe.

—Lo dudo. ¡Está usted fresco, si cree que he venido solo!

—No siga, por favor. Me molesta escuchar mentiras. Adivino que alguien, creyéndose muy listo, pensó astutamente que su personalidad y su fama de holgazán y borracho le abrirían fácilmente las puertas de mi amistad y podría investigar sobre mi vida. Y no estaba mal ideado, si no hubiera sido por el pequeño detalle de que mi servicio de información es superior al de ustedes. Además, hace algún tiempo que tengo noticias de que el F. B. I.

sospecha de mí y esto me hace redoblar las precauciones. Pronto nos enteraremos de lo que realmente saben.

—¿De verdad pretende que yo se lo diga?

—Precisamente. No dude de que le haremos hablar. Existen muchos procedimientos para ello. Después morirá, Merrick. No puedo exponerme a dejarle con vida, a pesar de que no existen pruebas contra mí. He decidido retirarme, por una temporada al menos, tan pronto quede ultimado mi próximo negocio, el mayor que he hecho hasta ahora.

—Se equivoca, Morrison. Usted es un asesino, probablemente un esquizofrénico —la mirada de Morrison tornóse dura—. Mató al inspector Crowley...

—Claro; metía demasiado las narices en mis asuntos. No solamente le hice matar, sino que mandé que lo colgaran por el cuello. Tuvo gracia. Demostré que conmigo no hay quién pueda y que hago lo que me da la gana. Todavía siguen rumiando su indignación los malditos del

F. B. I.

—Esta mañana han asesinado a dos agentes y a un preso.

—Naturalmente. Slatter era un hombre débil. Probablemente hubiera hablado, y aunque no conoce mi personalidad (sólo la conocen Grey y Steve) me interesaba silenciarle. Sabía bastantes cosas. Yo no dejo rastros, Merrick.

—Todos los asesinos los dejan, y mucho más si están locos. Y usted lo está. Lo prueba el hecho de haber mandado colgar a un hombre después de muerto. Esas muertes nunca quedan impunes, Morrison. Tarde o temprano le cogerán y se sentará en la silla eléctrica.

—No lo crea. Y aunque eso ocurra... usted no vivirá para verlo. ¿Conque estoy loco? Puede que antes de morir le dé nuevas muestras de... mi locura.

Regresó Steve Leuman, comunicando:

—Ya están esos abajo, jefe.

—Me marchó. Ya sabéis lo que hay que hacer. Volveremos a vernos, jovencito, porque ahora no tengo tiempo de interrogarle. ¡Qué pena de muchacho! —terminó, suspirando—. Su carrera de héroe ha sido corta.

Se fue, riendo por lo bajo, con una risa que helaba la sangre en las venas. Las miradas de Steve y Richard se cruzaron. El agente del F. B. I.

hizo ademán de decir algo. Luego, cambiando de opinión, apretó los

labios con fuerza. Sus ojos destellaban un desprecio infinito.

En cierto modo, era consolador saber que no iban a matarle todavía. Se proponían interrogarle, recurriendo a sabe Dios qué procedimientos para que dijera lo que sabía. Bien poco.

Continuaba sentado, en la misma postura, sintiendo el contacto de la pistola en la nuca y la respiración acompasada y rítmica del impertérrito Grey, que no se había movido de su sitio.

Steve Leuman fumaba nerviosamente.

—¿Todos los que vienen al Ivory's son criminales? —inquirió, serenamente, Merrick.

—Ya sé por dónde va —repuso Leslie Grey—. El local, en realidad, es del señor Morrison, aunque su nombre no figure en ello. Le sacaremos de aquí sin que nadie se entere. Abandone sus esperanzas.

Sonaron unos golpes en la puerta. Rocky Scott y Baxter entraron.

—¡Vaya, vaya! —dijo el primero—. Otra vez tenemos a nuestro buen amigo.

—¡Calla, imbécil! —La voz helada de Grey imponía—. Si está en nuestras manos, no es por vosotros. Le dejasteis escapar.

—Lo siento, jefe. Yo...

—He dicho que te calles. Es la última vez que ocurre una cosa así. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Lléváosle.

Richard dejó de notar el contacto de la pistola. Fue solo un momento. Inmediatamente le golpearon con fuerza en la cabeza y se desplomó de bruces sobre la mesa.

Rocky y Baxter, pasando los brazos del inanimado Merrick por sus cuellos, como si estuviera ebrio, salieron al pasillo. Entraron en la habitación de enfrente. De una puerta, situada al fondo, que abrieron, arrancaba una escalera de caracol con salida a la parte trasera del edificio.

Había un coche parado junto al bordillo. Al volante, el excitable jovenzuelo que también tomara parte en el asesinato del inspector Crowley, exclamó:

—Sin novedad. No he visto a nadie.

Subieron todos. El automóvil, con su tripulación de asesinos, arrancó rápidamente, perdiéndose en las sombras.

En el reservado, Steve Leuman temblaba. Trató de encender un cigarrillo, sin conseguirlo. Se dejó caer en un sillón, ocultando el rostro entre las manos, y empezó a sollozar.

Leslie Grey, acercándose, habló:

—¿Qué te pasa?

—No... es... nada.

Tiritaba. Grey sabía por experiencia cuándo le iba a dar a Steve un ataque de nervios. Agarrándole por las solapas con la mano izquierda, lo hizo levantarse. Con la derecha le abofeteó varias veces brutalmente. Steve Leuman, sin intentar defenderse, lloraba como un chiquillo...

—¡Basta, basta! —pudo articular al fin, débilmente.

—¡No basta!

Las bofetadas continuaron. Steve escupía sangre, babeaba; sus ojos, enrojecidos, parecían salirse de las órbitas. Volvió a suplicar:

—¡Ten compasión, Leslie! ¡Ya está bien!

—¡Compasión! —El secretario particular de Morrison pronunció la palabra con desprecio.

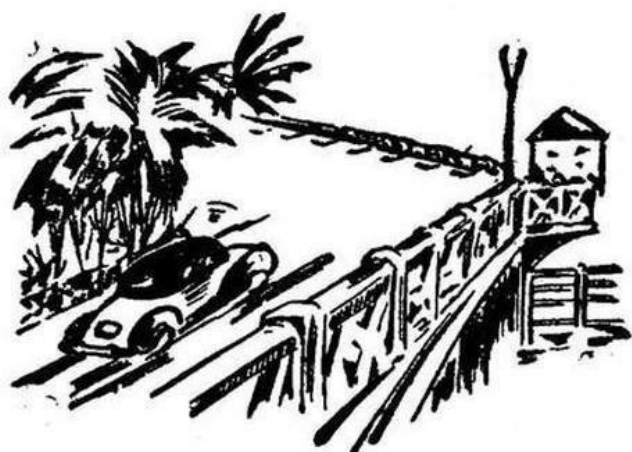
Por fin, de un empujón, le hizo caer sobre la butaca, exclamando:

—Tranquilízate un poco antes de salir. Toma.

Tiró una cajita metálica sobre las rodillas de Steve, abandonando acto seguido la estancia.

Steve, a solas, fue cediendo en sus gemidos. Después tomó la cocaína con ansia febril.

Al aparecer abajo, unos minutos más tarde, su aspecto era completamente normal. Bebió un «cocktail» y estuvo luego bailando cerca de una hora con una rubia provocativa, de risa escandalosa. Apenas recordaba ya nada de lo pasado. O no quería recordarlo...



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

VIII



A primera sensación de vida que tuvo Richard Merrick al recobrar el conocimiento fue un intenso dolor de cabeza; la sequedad de garganta; la terrible pesadez de los párpados al intentar abrirlos...

Estaba atado de pies y manos con finos alambres de acero, que se le incrustaban en las carnes. Y a oscuras. Giró sobre sí mismo. A las pocas vueltas, su cuerpo chocó contra una pared. Repitió la operación en sentido inverso. Era una labor fatigosa, de la cual sólo pudo sacar en conclusión que se hallaba en una habitación pequeña, de suelo de madera, sin muebles.

Un forcejeo con las ligaduras, poniendo en tensión sus poderosos músculos, le demostró claramente que nada podía hacer por aquel camino. No le quedaba otro remedio que esperar.

Una espera angustiosa, teniendo que permanecer inmóvil,

envuelto en sombras, sin poder fumar; una espera muy apropiada para que el cerebro trabajara sin descanso, inútilmente.

Sus días, acaso sus horas, estaban contados. Red Morrison trataría de obligarle a decir lo que de él sabían o sospechaban en el F. B. I.,

apelando para ello a todos los procedimientos. Realmente, Richard no sabía gran cosa; pero, a pesar de ello, no pensaba decir una palabra: resistiría hasta que le mataran.

¿Sería Morrison capaz de repetir con él la salvajada cometida con el inspector Crowley? Pudiera ser. La mayor parte de los criminales no son seres normales. Y el hombre que, disfrutando de una gran posición económica y social, se había lanzado por el sendero del delito era, sin duda, un perturbado.

Richard Merrick se veía ya, con la imaginación, colgando de un árbol en cualquier calle neoyorquina. Una vez muerto... ¡qué importaba todo!

Cuando identificaran su cadáver y su padre se enterase de la verdad, ¿qué diría? Tal vez fuese un golpe mortal para el quebrantado espíritu de Reginald Merrick. Era mucho sufrir, Después de todo lo pasado, perder a su hijo y saber que había muerto en defensa de la justicia, mientras él le creía un holgazán, un bala perdida... Richard apretó los dientes con rabia. También Virginia se llevaría una buena sorpresa, y no agradable.

Recapacitando sobre las causas de su fracaso, el agente del F. B. I.

se dijo que, en realidad, él no había tenido la culpa. Siguió fielmente las instrucciones de John Edgar Hoover para dar caza a Morrison. Las sospechas del

F. B. I.

sobre el potentado eran ciertas. Ahora bien: ¿cómo podía él, Richard, imaginar que uno de sus mejores amigos, Steve Leuman, fuera algo así como el segundo de a bordo del «gangster»? ¿Cómo imaginar que Morrison conocía con detalle los nombres de todos los agentes del

F. B. I.?

Demasiadas circunstancias adversas para triunfar. Cierto que, cuando logró escapar de la muerte a manos de los tres pistoleros, debió recelar de Morrison y tomar precauciones para su segunda

entrevista con él, en la que le cazaron como a un cordero. Pero no era menos cierto que las órdenes recibidas le prohibían acudir al F. B. I.

mientras no tuviera pruebas. Y pruebas no tenía.

Y en cuanto a Morrison, ¿conseguiría su propósito de retirarse del crimen sin dejar la menor prueba tras él? Estaba dentro de lo posible. Era listo y muy capaz de eliminar a cuántos conocieran su identidad de jefe de una pandilla de criminales. Y en tal caso, el cruel asesino seguiría siendo, a los ojos de la sociedad, una persona honorable. Acaso en alguna ocasión charlaría tranquilamente con Reginald Merrick; beberían juntos un vermut en el club; se estrecharían la mano...

Esta idea producía a Richard un profundo dolor. ¡Si pudiera escaparse! Imposible. Los «gangsters» tendrían muy buen cuidado de no fallar por segunda vez.

Los desbocados pensamientos del joven se centraron ahora en Steve Leuman, el amigo traidor. ¿Cuáles serían las causas que le hicieron convertirse en un criminal? Seguramente el vicio, la necesidad de disponer de más dinero del que le daba su familia, para vivir a su antojo. Steve era un carácter débil, semejante, en cierto modo, al suyo. Sólo que él había sabido reaccionar a tiempo, y Leuman, al parecer, rodó sin freno por la pendiente. Quizá, si Morrison lograba sus propósitos, Steve no viviera mucho tiempo.

Con la mente atormentada por el sufrimiento moral, incómodo, doliéndole aún la cabeza a consecuencia del golpe recibido, Richard sudaba copiosamente.

Repentinamente se encendió una bombilla en el techo de la habitación. El joven parpadeó, heridas sus pupilas por la luz. Tal como imaginara, la estancia era pequeña y carecía de mobiliario.

Tampoco tenía ventanas. Cuatro paredes; el suelo, de carcomidas maderas; el techo, muy bajo; una gruesa puerta. Parecía una celda.

Abrióse la puerta y entraron Morrison y Grey. Ambos iban aún vestidos de etiqueta, lo que hizo suponer al agente del F. B. I.

que su desmayo no había sido muy largo. Las primeras palabras, burlonas, de Red Morrison confirmaron esta suposición:

—¡Vaya, vaya! Nuestro amigo ya está despierto. ¿Qué tal esas

tres horas da sueño forzado?

Tres horas. Cuando le golpearon debían ser cerca de las dos de la mañana. Luego, ahora eran, aproximadamente, las cinco. En los rostros de Morrison y Grey no se advertían huellas de cansancio ni de sueño. Sin duda estaban acostumbrados a trasnochar. Richard no contestó a la pregunta del criminal, limitándose a mirarle con desprecio.

Salió el secretario, para regresar a los pocos momentos con un par de sillas.

—Desátele los pies para que pueda sentarse —ordenó Morrison.

Cumplida la orden, Richard se incorporó hasta quedar sentado en el suelo, estiradas las piernas, y la espalda apoyada en la pared. Los dos bandidos ocuparon las sillas. El banquero encendió un cigarrillo y, exhalando una gran bocanada de humo, comenzó:

—Bien, muchacho; no necesito explicarle cuál es su situación. Usted se lo ha buscado. Voy a hacerle unas cuantas preguntas. Si me contesta la verdad, le prometo una muerte rápida y sin sufrimientos. De lo contrario... no puede ni imaginarse lo que le espera. Empiezo: ante todo, deseo saber de quién ha partido la idea genial de ponerle a usted sobre mi pista.

Silencio. Richard Merrick no movió un solo músculo de la cara.

—Bueno, muchacho, bueno. Testarudo, ¿eh? Por lo que veo, se decide por el papel de héroe. Le doy cinco minutos para responder.

Los cinco minutos parecieron interminables. No se oía más que el rumor de las respiraciones de los tres hombres en la tétrica estancia. Morrison consultaba a menudo el reloj. Leslie Grey fumaba uno de sus largos cigarrillos emboquillados.

—Ha terminado el plazo —dijo el «gangster»—. ¡Hable! ¿No quiere? Perfectamente.

Richard, mentalmente, se preparó para lo peor. Esperaba un aluvión de golpes o alguna otra clase de tortura. No ocurrió nada de eso. A una señal de Morrison, el secretario procedió a ligar de nuevo las piernas del cautivo, ensañándose en apretar los alambres hasta hacer brotar la sangre, y asegurando también los que le rodeaban cuerpo y brazos.

—Lo sentirá, Merrick —anunció el banquero, al tiempo de salir.

La puerta se cerró. Chirriaron los cerrojos. Un segundo después se hizo de nuevo la oscuridad en la pequeña habitación. Los pasos

de los dos hombres se alejaron. Reinó el silencio...

Treinta horas más tarde, Richard Merrick empezaba a pensar seriamente en la posibilidad de volverse loco. No podía calcular el tiempo que llevaba en aquella situación. A él le parecían años. Totalmente inmovilizado, con los finos alambres lacerando su Cuerpo, sintiendo la tortura del hambre y de la sed, sin oír nada, a oscuras...

Él había oído hablar de brutales palizas, de tormentos refinados. Conocía de referencias algunos de los infrahumanos procedimientos utilizados por los rusos, verdaderos maestros en el arte de hacer hablar a los presos. Sabía algo de los métodos chinos.

Y, sin embargo, Richard Merrick creía que nada era superior, en cuanto a sufrimientos, a lo que él estaba padeciendo. Solamente en dos o tres ratos que consiguió adormilarse un poco, se sintió algo descansado. Pero no duraron mucho.

Forcejeó varias veces, desesperado, tratando de librarse de las ligaduras, y sólo consiguió hacerlas penetrar con más fuerza en su carne.

En alguna ocasión gritó. No por nada, sino para convencerse a sí mismo de que era un ser humano y de que estaba vivo. De que no se trataba de una espantosa pesadilla.

Tenía la garganta seca; el cuerpo, lacerado y sangrante, entumecido.

¿Cuánto tiempo pensarían sus verdugos tenerle así? ¿No hubiera sido mejor aceptar la propuesta de Morrison, decir lo que sabía y morir sin padecimientos, de un tiro en la nuca? ¿Tendrían el propósito de dejarle morir de aquel modo? La sola idea le producía una sensación muy parecida a la muerte. ¡La muerte! Ahora sería un descanso para él. Casi la deseaba, como una liberación, la única factible, de la espantosa tortura.

A los dos días largos de cautiverio, Steve Leuman y Leslie Grey entraron a verle. El aspecto del prisionero era espantoso. Los ojos hundidos, pálida la piel, el pelo caído sobre la frente, pegado a ella por el sudor.

—¿Ha cambiado de opinión? —Era Leslie Grey el que formulaba la pregunta, con su voz gangosa e impersonal.

Merrick contempló, con mirada entre despectiva y triste, a Steve Leuman. El hombre con el que tantas veces compartiera sus juergas

y sus confidencias. ¡El buen amigo!

Steve bajó la cabeza.

—Desáteme.

—¿No será un truco?

Richard movió negativamente la cabeza.

A pesar de todo, Leslie Grey sacó una pistola, encañonando con ella al prisionero y haciendo señas a Leuman de que lo desatara.

Libre de las ligaduras Merrick, al tratar de ponerse en pie, cayó al suelo cuan largo era. Los músculos se negaban a obedecerle. Jadeante, logró incorporarse a medias.

—Denme algo de beber, comida y un cigarrillo. Hablaré.

—Hable primero y comerá después.

El truco fallaba. La pretensión de Richard de ganar tiempo y reponer fuerzas caía por tierra. Probablemente ni siquiera le darían nada. En caso de hablar, le asesinarían inmediatamente. Claro que él no pensaba hablar. Tan sólo había tratado de descansar un poco, comer si era posible, para seguir resistiendo.

—No hablaré —insistió, terco— mientras no coma y beba.

—Lo siento. No me fío de usted. En realidad, ya es lo mismo. Ignoramos si podría decirnos cosas interesantes o no. Seguramente, no. Esta noche —continuó el impassible secretario, recreándose en sus palabras—, el señor Morrison dará una fiesta en su yate. Asistirán los más altos personajes de la política, de las letras y del mundo elegante. Hasta el fiscal Merrick, que no gusta de estas cosas, ha prometido su asistencia. ¿Quién va a sospechar que ante las mismas narices de tanto personaje importante va a ser desembarcado el mayor cargamento de drogas que nunca se ha traído a Nueva York?

Grey se detuvo en su perorata para encender un emboquillado. Y prosiguió:

—Su vida ya no interesa, Merrick. El jefe, siempre piadoso, ha, querido darle esta última oportunidad para que terminaran sus sufrimientos. Usted la rechaza... —Se encogió de hombros—. Morirá a la misma hora en que nosotros liquidamos definitivamente los negocios turbios. Los encargados de pasaportarle son los mismos que mataron a su colega Crowley. Le guardan a usted cierto rencor por haber dado muerte a uno de sus compañeros. Y no tienen muy buenos instintos. Lo probable es que antes de acabarle se diviertan

un rato con usted. Átale, Steve, y vámonos.

Cuando Leuman se inclinaba sobre él para volver a atarle, Merrick hizo un esfuerzo desesperado para oponer resistencia. Vana pretensión. Su debilidad era atroz. Un puñetazo de su buen amigo le dejó medio inconsciente.

Con voz que parecía un susurro, Richard murmuró:

—¡Perro!

Ya le estaba atando. Apenas si se daba cuenta de nada. Steve, desde luego, no apretaba tanto las ligaduras como Grey. Casi no las apretaba nada. Los ojos de Leuman parecían querer dirigirle un mudo mensaje, que no lograba comprender. El canalla daba la espalda al secretario particular, que continuaba con la pistola en la mano, esperando.

Los dedos de Steve se deslizaron entre la chaqueta y la camisa del cautivo. Algo duro y metálico rozó el pectoral izquierdo de Richard, cuya alma, bruscamente, se abrió de nuevo a la esperanza.

¡Aquello era una pistola! Y los ojos de Steve, ojos de cocainómano, cansados y tristes, seguían contemplándole de un modo extraño, mientras daba vueltas a su cuerpo enroscándole los alambres. Le dejó en el suelo, de costado, precisamente sobre el costado izquierdo, y se puso en pie. Por primera vez habló:

—Ya está, Leslie. Podemos irnos.

Fingiéndose aún más inconsciente de lo que estaba. Richard los vio salir. Pocos momentos después estaba otra vez solo y a oscuras. Sin embargo, esperó un buen rato antes de moverse. Podía ocurrírseles volver por cualquier cosa.

El corazón le latía con fuerza inusitada y sus sienes ardían. Steve Leuman no le había atado, limitándose a enrollar en torno suyo las ligaduras de alambre. Se sentó en el suelo, desprendiéndose por completo de ellas.

Luego, emocionado, temiendo todavía haber sido víctima de una burla cruel, extrajo la pistola.

No podía verla, pero, por el tacto, dedujo fácilmente que se trataba de una «Luger». Sacó el cargador, comprobando que estaba completo. El ansia de vivir renacía en su espíritu, entregado momentos antes a lo inevitable.

Pensó en Steve. Muchos motivos tenía para odiarle, a pesar de lo cual no conseguía evitar ahora un sentimiento de gratitud hacia él.

A última hora, arrepentido sin duda, hacia lo posible por salvarle. Y al fin y al cabo, se jugaba la vida. De enterarse Morrison de la traición, Leuman no viviría para contarlo.

Dejó las divagaciones para más adelante. Si Morrison caía en sus manos, no volvería a hacer daño a nadie.

Durante un rato practicó algunos ejercicios físicos, que le devolvieron, al menos, el dominio de sus músculos, si bien la debilidad seguía siendo espantosa. No se hallaba en muy buenas condiciones para luchar, pero lucharía. Y la victoria iba a ser suya. Estaba convencido de ello.

Los minutos se le antojaron siglos. ¿A qué hora vendrían en su busca los asesinos de Morrison? ¿Cuántos serían? ¿Cómo hacerles frente?

Lo mejor sería fingirse atado, para que entraran en el cuarto sin desconfiar. Y luego...

«A ser posible, a los asesinos de Crowley los quiero vivos».

Eso había dicho John Edgar Hoover. Lamentaba no poder complacerle. Si alguna posibilidad le quedaba de salir con vida, era tirando a matar, sin contemplaciones. Y no podía desperdiciar balas.

Richard Merrick suspiró...



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la Colección in-
igualable

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

IX



OCKY Scott arrojó con ira las cartas sobre la mesa. Bebió un trago de «*whisky*». Consultando el reloj, dijo, con manifiesta impaciencia:

—Yo creo que ya es hora de acabar con ése.

—Me parece algo temprano —repuso Baxter.

—¡Bobadas! Esta noche tengo una cita con una morena —hizo un gesto expresivo con las manos— y no creo que una hora más o menos tenga importancia.

—Tú mandas —opinó el jovenzuelo, nervioso—. Ya sabes que al jefe le gusta que se cumplan sus órdenes con exactitud. Pero si tú cargas con la responsabilidad...

—Vamos allá —barbotó Rocky.

—Oye: no tendremos que hacer lo mismo que con el otro,

¿verdad?

—No; aquello fue una excepción. A éste lo que conviene, una vez muerto, es echarle al río con una piedra bien grande. Cuanto más tiempo tarde en aparecer el cadáver, mejor.

Abandonaron la habitación, bajando a los sótanos. Por el mal iluminado pasillo, sus patibularias figuras tenían un aspecto siniestro.

Abrieron la puerta, después de accionar el conmutador de la luz que encendía la bombilla de la celda.

Richard Merrick, tumbado en el suelo, con los ojos entornados, fingió parpadear, sin moverse.

—Está hecho una pena —comentó Baxter—. ¿Acabas con él aquí, o nos le llevamos?

Scott se rascó, pensativo, la cabeza.

—No sé. Quizá sea preferible liquidarle ahora mismo. Luego ya procuraremos sacarle sin que nadie nos vea.

—Eso lo haríamos con menos riesgo dentro de dos o tres horas. ¿No crees?

—¡Bah! Tanto da. Me estoy acordando del viejo Bill. ¡Este maldito!...

—¿Le «zumbo» un rato? —inquirió Baxter.

—Ni se va a enterar —apuntó el jovenzuelo—. Está inconsciente.

—Voy a liquidarle —decidió Scott—. No tengo ganas de perder el tiempo.

Se fue aproximando lentamente al caído, desenfundando la pistola. Richard le vio a través de los semicerrados párpados. Con enorme sangre fría esperó el momento preciso. Rocky se interponía entre sus compañeros y él. Era la ocasión.

La voluntad y el ansia de vivir suplieron las casi muertas energías de Richard Merrick.

Fue cuestión de un segundo poner en práctica las enseñanzas recibidas en la Academia de Quantico. Al incorporarse como una centella, tenía ya la «Luger» en la mano; su primer disparo alcanzó de lleno en el corazón al sádico asesino, que se desplomó sobre el pavimento con un gesto de asombro en los ojos.

Baxter y el jovenzuelo, estupefactos, reaccionaron, sin embargo, con gran celeridad, echando mano a las pistolas.

El segundo de ellos no llegó a hacer uso del arma. Otro disparo

de Merrick le destrozó la cabeza. El agente del
F. B. I.

hacía fuego fríamente, tratando de economizar cartuchos, pero con una rapidez inusitada.

Falló el tercer tiro, al saltar Baxter a un lado para desviarse del mortífero camino de los proyectiles. En la mente del «gangster» no cabía la idea de que el prisionero estuviera armado y hubiese quitado de en medio a sus dos compinches con tanta celeridad. Pero tampoco se preocupaba de ello, ante el temor de la muerte, que ahora veía muy cercana. Como casi todos los de su calaña, era cobarde. Apretó el gatillo con un gesto vesánico en los ojos. Merrick, ya en pie, se hizo a un lado y el balazo fue a incrustarse, inofensivo, en la pared.

Enloquecido de pánico, Baxter retrocedió hacia la salida, disparando sin cesar. Los nervios le impedían afinar la puntería. Atravesaba ya el umbral, cuando Merrick disparó por cuarta vez, con escalofriante acierto, y el asesino, alcanzado en la garganta, cayó de espaldas, yendo a parar fuera del cuarto y chocando su cabeza contra el muro frontero del pasillo.

Respirando entrecortadamente, el agente del
F. B. I.

reconoció los cuerpos de los tres hombres. Ninguno de ellos vivía. Pensó que podía haber tirado a Baxter a las piernas, deteniéndolo vivo. Pero el ansia de escapar había obrado sobre él con tal potencia, que en los pocos segundos de la lucha, su cerebro no tuvo otra idea que la de librarse de los bandidos. Ya no tenía remedio.

Los autores materiales del asesinato del inspector Crowley habían pagado con la vida su crimen.

A costa de un gran esfuerzo, arrastró al interior de la habitación el cadáver de Baxter. Luego examinó las pistolas de los muertos. La de Rocky Scott era también una «Luger» y su dueño llevaba en los bolsillos abundante provisión de balas, que pasaron a poder del agente.

Salió de la macabra estancia, cerrando la puerta con cerrojo. Con toda la velocidad que sus escasas energías le permitían, hizo un somero reconocimiento de la casa, sin encontrar nada interesante. Se trataba de un edificio de una sola planta y sótanos. Probablemente, la pandilla de criminales lo había utilizado pocas

veces, pues no pudo hallar ningún papel ni nada relacionado con actividades criminales.

Ya en la calle, se encontró desorientado. No tenía ni la menor idea de la hora ni tampoco del lugar en que se hallaba. Una calleja oscura, solitaria...

Avanzó lo más aprisa posible, hasta desembocar en una segunda calle, de mejor apariencia. A la luz incierta de un farol pudo leer el rótulo de la esquina: «Junius Street». Estaba en las afueras del barrio de Queens.

Anduvo un rato, tratando de orientarse. Algunas personas que se cruzaron con él, le miraron con curiosidad, haciéndole sonreír al darse cuenta de su aspecto. No era extraño que llamara la atención de aquel modo.

Por fin pudo encontrar un «taxi» desocupado, y tres cuartos de hora más tarde llegaba a su casa.

Los ojos de Robert se abrieron desmesuradamente al verle entrar en aquel estado tan lamentable.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Qué le ha ocurrido? —Ya te explicaré. ¿Está mi padre?

—No. Ha ido a cenar al yate del señor Morrison. Da una fiesta o algo parecido.

—¡Ya! ¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—Bien; sube conmigo. No hay tiempo que perder.

En su cuarto, procedió rápidamente a desnudarse, ayudado por el criado, cuyas exclamaciones fueron en aumento al observar las señales dejadas en el cuerpo del joven por las ligaduras.

—¿Me ha echado mi padre mucho de menos estos días?

—Sí. Estaba preocupado; creyendo que había usted decidido marcharse otra vez.

—¿Le dijiste algo de lo de aquella herida?

—No, señor; le di a usted mi palabra de que no lo haría.

—Gracias, Robert; eres una gran persona.

Se dio una ducha de agua tibia, sintiéndose un poco mejor. Con exquisito cuidado, Robert renovó el vendaje de la herida del muslo y, a continuación, estuvo un buen rato dando masaje con alcohol en las espaldas y tórax de Richard.

—¿Por qué no se acuesta?

—Imposible. He de hacer algo importante. Tengo otro «*smoking*», ¿verdad?

—Sí, señor.

—Dámelo, y después me subes algo de comer. Iré vistiéndome entre tanto. No tardes.

Una buena cena, aunque no muy copiosa; un par de vasos de «*whisky*» y un cigarrillo, además de la ropa limpia, mitigaron bastante la debilidad de Richard.

Recogió del doble fondo del maletín la chapa y el carnet de agente, mostrándoselo al estupefacto Robert.

—¡Gran Dios! —murmuró el sirviente—. Ahora empiezo a comprender muchas cosas. Pero ¿por qué razón...?

—Otro día te lo contaré. Tengo prisa.

Descendió al piso bajo, marcando en el teléfono el número de las oficinas del

F. B. I.

—Oiga: habla el agente Richard Merrick. La sog a se ha vuelto del revés.

—Un momento. Le pongo la comunicación.

Una voz, excitada y nerviosa, preguntó:

—¿Quién? Aquí el inspector-jefe.

—Habla Richard Merrick, señor. La sog a —repitió— se ha vuelto del revés.

—¡Diablos! No esperaba noticias tuyas tan pronto. Le escucho.

—Dentro de hora y media, aproximadamente, debe haber en el muelle unas cuantas lanchas rápidas. Va a ser descargado un importante contrabando de un yate llamado «*Juventus*», que seguramente estará anclado cerca de la isla del Gobernador. Vigilen con atención todas las embarcaciones que atraquen en el puerto. Yo estaré en el yate. En el momento oportuno haré un disparo al aire, o varios. Entonces, diríjase al barco. Los cogeremos con las manos en la masa.

—De acuerdo. Oiga: por lo que veo, usted va a estar metido en la boca del lobo. ¿No desea que le acompañe alguien?

—No, señor. Ya le aclararé después los motivos. Todo saldrá bien; esté tranquilo. Buenas noches, señor.

—Suerte.

Colgó el teléfono. En el instante preciso, el

F. B. I.

entraría en acción con matemática precisión.

—Robert —llamó.

—Diga.

—¿Tenemos algún coche en el garaje?

—Sí, señor; su padre se ha llevado el grande, pero queda el «Chevrolet» descaptable.

—Muy bien; lo utilizaré. Y recuerda bien una cosa: sí, por casualidad, alguien preguntara por mí, lo que no es probable, mi padre o quien sea, tú no me has visto ni sabes nada. Adviértelo, por si acaso, a los demás criados. ¿Entendido?

—Descuide, señor, y... tenga cuidado.

—Lo tendré, viejo; no te preocupes.

Bordeando el límite de velocidad permitido por las leyes de tráfico en Manhattan, Richard Merrick condujo el «Chevrolet» en dirección al puerto, por la misma ruta que siguiera tres noches antes en compañía de Steve Leuman.

Casi le habría gustado ser detenido por algún policía de tráfico. Tenía ganas de hacer uso alguna vez de su carnet de agente del

F. B. I.

Dejó estacionado el coche un poco antes de llegar a los «docks». Había otros varios automóviles en el mismo sitio. Invitados de Morrison, seguramente.

En el muelle observó la presencia de un grupo de personas de ambos sexos, en traje de noche, esperando. Un examen detenido, antes de acercarse, le permitió comprobar que ni Steve, ni Grey, ni ningún conocido suyo estaba en el grupo. Los dos secuaces de Morrison se hallarían ya a bordo. Pidió a Dios que no se les hubiera ocurrido volver a la casa donde estuvo secuestrado.

Una lancha partió, abarrotada de gente, cruzándose con otra que llegaba, vacía, al muelle. Mezclándose con los demás invitados, Richard embarcó.

Navegaron a buena marcha en dirección al «Juventus», fondeado, como el joven suponía, casi en el mismo sitio de la vez anterior. La elegante silueta del navío destacaba como una luminaria en la noche. Debía estar la cubierta llena de luces de diferentes colores. El aspecto del barco, desde lejos, era realmente fantástico.

—Va a ser una fiesta estupenda —comentaba una jovencita que iba junto a Richard.

Éste, para sus adentros, pensó: «No lo sabes tú bien». Y en voz alta:

—Desde luego; las fiestas del señor Morrison siempre son estupendas.

La oferta que le hiriera el inspector, jefe del
F. B. I.

de hacerse acompañar por algún otro agente, no se le iba a Richard de la imaginación. Quizá debía haber aceptado. Podía verse en un compromiso serio. Pero él tenía su plan formado y, además, por nada del mundo hubiese renunciado a dar cima a la empresa personalmente.

Había desenmascarado a Morrison, más sin obtener ninguna prueba material contra él. Sorprendiendo «in fraganti» la descarga del contrabando en su propio yate, y ante numerosos testigos de solvencia, la tarea que le encomendara Hoover estaría concluida. Morrison iría a la cárcel o a la silla eléctrica. Y la cuenta que Richard tenía pendiente con el hombre que le torturó cruelmente, condenándole a morir, quedaría saldada.

Le preocupaba pensar en Steve Leuman. Le caerían unos cuantos años de cárcel, por lo menos. Richard no olvidaba que, según las manifestaciones del propio Morrison, fueron Leuman y Grey los que se mostraron partidarios de eliminarle enseguida. Pero a fin de cuentas, gracias a Steve, al que los remordimientos debieron hacer reaccionar, él, Richard, estaba vivo. No podría evitar que el peso de la Ley cayera sobre su antiguo amigo con todas sus consecuencias. Sin embargo, trataría de favorecerle declarando que le salvó la vida.

La gasolinera atracó junto al «Juventus». La luna brillaba en un cielo despejado, abrumado de estrellas, y las olas lamían mansamente los costados de la embarcación, que se balanceaba con suavidad en el agua.

Los invitados, charlando animadamente, comenzaron a subir las escalerillas que conducían a cubierta.

La misma jovencita de antes, a quién, sin duda, había gustado el arrogante tipo de Richard, le preguntó:

—¿Cree usted que la fiesta durará hasta muy tarde?

Palpándose instintivamente bajo la axila, donde llevaba la

pistola, el joven, con una enigmática sonrisa, repuso:
—Lo dudo.



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

X



N la fiesta reinaba una animación extraordinaria. Por la cubierta, resplandeciente de luces, paseaban algunos invitados, aunque la mayoría se encontraban ya en la lujosa cámara, donde muy pronto iba a ser servida una cena fría.

Richard Merrick se proponía pasar inadvertido unos minutos y tratar de descubrir el escondrijo del contrabando, que había de constituir la prueba fehaciente e irrecusable de la culpabilidad de Red Morrison. De encontrarse con éste o con Grey, no tendría más remedio que alterar sus planes, actuando inmediatamente.

De momento, no vio a nadie. Los que llegaron en la misma lancha que él iban dirigiéndose al interior. Por suerte, debían ser los últimos en acudir al yate. Morrison estaría ya en la gran sala cumpliendo sus deberes de anfitrión.

El exceso de iluminación era un perjuicio para los movimientos de Richard. No obstante, deambuló sin contratiempos un buen rato, fumando un cigarrillo y observando atentamente a su alrededor, con los músculos tensos y todos los sentidos alerta. Nada sospechoso a la vista.

Algunas parejas, acodadas en la borda, contemplaban el mar. Camareros, elegantemente vestidos de blanco, pasaban constantemente con bandejas, ofreciendo bebidas. Del interior de la cámara surgía la música de un «mambo» de moda, interpretado por una magnífica orquesta.

Transcurrieron más de diez minutos. Merrick meditaba sobre la conveniencia de inspeccionar los camarotes, la sala de máquinas; en una palabra, todas las dependencias del buque. Empresa hartamente difícil y que requería tiempo.

De pronto, algo, llamó su atención.

A estribor, junto a uno de los botes de salvamento, cubierto con una lona, dos marineros charlaban en voz baja con cierto misterio. Al acercarse con disimulo a ellos, unas frases sueltas que llegaron a sus oídos le demostraron que la fortuna le acompañaba en su investigación:

—... todavía no han dicho la hora.

—... lanchas que lleven a los invitados.

—... no comprendo este sistema.

Se alejó de allí. No estaba mal discurrido el procedimiento. Aprovechar las canoas que debían reintegrar a tierra a los asistentes a la fiesta para transportar al muelle la mercancía. ¿Quién iba a sospechar?

Escogió un apartado rincón de popa, para aguardar unos minutos. No quería que los dos marineros se dieran cuenta de que rondaba con frecuencia el bote. Pasó junto a él un camarero y Richard tomó de la bandeja una copa. Al cabo de un rato, con ella en la mano, acercóse de nuevo al bote salvavidas.

Los marineros seguían hablando en voz muy bajá, recostados contra la pequeña embarcación. Con la mayor naturalidad del mundo, Richard se introdujo en el espacio que mediaba entre el bote y la borda del yate, apoyándose en la barandilla, como si le entusiasmara la contemplación del mar.

Los dos hombres le daban la espalda. No podía oír ahora lo que

decían. Volviendo imperceptiblemente la cabeza, pudo comprobar que no le prestaban atención.

Alargó la mano izquierda muy despacio. Sus dedos cogieron el extremo de la lona, levantándola ligeramente, con mucho cuidado, sin hacer ruido. Cuando hubo dejado hueco suficiente, echó una rápida ojeada al interior. Lo bastante para ver, en el fondo del bote, un montón de bultos envueltos en tela impermeable.

Acto seguido, recobró su contemplativa postura, bebiendo a pequeños sorbos el contenido de la copa. No necesitaba saber más. No se movió durante unos minutos. En aquella posición pasaba fácilmente inadvertido. Las luces de Manhattan brillaban a lo lejos como si quisieran incendiar la noche.

Aquellos marineros debían estar esperando la orden de bajar los fardos a las lanchas que aguardaban junto al yate la terminación de la fiesta. La orden sería dada, seguramente, cuando todos los invitados estuvieran reunidos, cenando. Bien; esta vez, el desembarco de los fardos sufriría una pequeña alteración.

El tañido de un «gong» hizo saber a los que aún estaban en cubierta que se iba a servir la cena.

Aguardó, hasta quedar completamente solo. Uno de los marineros que custodiaban el bote reparó entonces en él. Pensando que se trataría de un sujeto que se había emborrachado antes de tiempo, le llamó respetuosamente:

—Oiga, señor: han llamado para ir al comedor. Todos están allí.

Con expresión estúpida y voz pastosa, Richard repuso:

—Gra... cías, a... migo. No... me daba... cuen... ta.

Habría más de cincuenta personas reunidas. Un enorme «buffet», abarrotado de viandas y bebidas de todas clases. La orquesta, al fondo, sobre un pequeño tablado.

Con arreglo a la costumbre americana, los invitados, plato y cubierto en mano, se servían a su antojo. Un fuerte rumor de conversaciones y risas llenaba el ambiente, enrarecido por el humo de los cigarrillos...

Red Morrison, en un verdadero alarde de cinismo, charlaba en un rincón con Reginald Merrick.

Leslie Grey se dedicaba a ofrecer champaña a la jovencita que hiciera el viaje desde tierra en la misma canoa que Richard. El secretario, con «*smoking*» blanco y una flor en la solapa, parecía

haber perdido un poco su aire de hielo, mirando con entusiasmo a su compañera.

Steve Leuman, acentuada su habitual palidez por la luz azulada que iluminaba la estancia, no comía ni bebía. Fumaba nerviosamente un cigarrillo, hablando con... Virginia Cleve.

En el umbral, Richard abarcó la escena de una ojeada. El corazón golpeó dentro de su pecho, como una maza, al descubrir la presencia de la muchacha. No se le había pasado por la imaginación la idea de encontrarla allí.

Con la mano derecha entre la chaqueta del «*smoking*» y la pechera, empuñando la «*Parabellum*», habló en tono irónico:

—Buenas noches, Morrison; seguro que no contaba conmigo para la cena.

Algunos de los presentes se volvieron a mirarle, pero no observaron nada extraño. Casi todos le conocían. Simplemente, el hijo de Merrick, que llegaba tarde. Muy frecuente en él.

Las reacciones de los criminales fueron muy diferentes.

Leslie Grey perdió por un momento su impasibilidad, y la copa que en aquel momento ofrecía a su pareja cayó de sus manos.

A Steve Leuman, los nervios no le permitían siquiera reaccionar. Por más pretextos que puso para no asistir a la fiesta, no pudo lograr su deseo. Se lo impidió Grey, el maldito. Ejercía sobre él una fascinación que le convertía en un pelele en sus manos. A raíz de traicionar a los suyos, atormentado por los remordimientos, dejando a Richard sin atar y con una pistola, Leuman había pensado en huir, suponiendo que Merrick lograría escapar. Pero no hubo medio. Grey le obligó a ir al yate. ¿Sospecharía digo? La sociedad criminal iba a disolverse aquella misma noche y, por consiguiente, era necesaria su presencia. ¿No pretenderían desembarazarse de él? Al menos, en la cárcel estaría seguro. Su amigo Richard le echaría una mano. Llevaba toda la noche esperando, angustiado, que ocurriera algo.

Morrison, con inaudita sangre fría, sin descomponerse lo más mínimo, replicó a las palabras del joven:

—Adelante, amigo; es una grata sorpresa.

Richard, procurando no perder de vista ninguno de los movimientos del banquero ni de su secretario, añadió:

—Muy amable —y luego, con voz tonante—: Red Morrison:

queda detenido en nombre de la Ley.

Ahora sí que los invitados, suspendiendo sus conversaciones, se volvieron todos, sin excepción, a mirar al recién llegado, atónitos.

La respuesta de Morrison fue una carcajada. Aún era dueño de sus nervios. Trataba de hacer frente al difícil momento, pensando que si el insensato agente había ido sólo a detenerlo, podría dominar la situación. Entre tantas personas amigas, que ni remotamente sospechaban su doble personalidad, ¿quién iba a dar crédito a Merrick? ¿Cómo diablos se habría escapado el sujeto? Tenía que impedirle que demostrara que era un agente federal.

Dirigiéndose a Reginald Merrick, en voz alta, para que todos le oyeran, dijo:

—¿Qué le ocurre a su hijo, señor fiscal? ¿Ha bebido?

Una expresión de mal contenida ira había aparecido en el rostro de Reginald Merrick.

—¡Richard! —tronó—. ¿Qué estúpida broma es ésta?

Y a grandes zancadas, entre los murmullos de los presentes, que no acababan de comprender lo que sucedía, se fue hacia su hijo con la mano levantada.

—¡Aparta, papá! ¡Esto no es una broma! —La voz de Richard era fría y serena.

A Leslie Grey le jugaron los nervios una mala pasada, cosa rara en él. Empezó a ver muy mal las cosas. La postura de Morrison, tratando todavía de disimular, era absurda. Richard Merrick tenía ahora los triunfos en la mano. Probablemente llevaría alguna documentación que acreditara su calidad de agente del

F. B. I.

Y acaso llegaran tras él más policías. Se imponía la huida. Allí dentro, entre tanta gente, estaban acorralados. Él se abriría paso como fuera, llevándose por delante al maldito federal que los había descubierto.

Tiró de pistola con rapidez vertiginosa, cuando ya Reginald Merrick se acercaba a su hijo. Por la actitud y las palabras violentas del viejo fiscal, parecía que iba a descargar una bofetada sobre el rostro de Richard. Unos cuantos invitados se dirigieron a ellos, dispuestos a intervenir para evitar la desagradable escena.

Grey, rabioso, comprendió que nada adelantaría disparando contra la masa de personas que se interponían entre él y la salida.

La muchacha que se hallaba junto a él, chilló histéricamente:

—¡Cuidado! ¡Tiene una pistola!

Como una fiera acosada, el secretario miró en torno suyo, buscando ansiosamente un medio de escapar. Al descubrir en un rincón la temblorosa figura de Steve Leuman, vino a su memoria, como un relámpago, la última escena en la casa donde tenían prisionero a Merrick. La presencia de éste en el barco dejó de ser un misterio para Grey, que, cegado por la cólera, apretó el gatillo, murmurando:

—¡Perro traidor!

Steve, llevándose las manos al pecho, se derrumbó con un ronco gemido.

El disparo provocó el pánico entre los invitados. Las mujeres chillaban, enloquecidas de terror; dos o tres invitados, más tranquilos, trataban vanamente de hacerse oír, recomendando calma. En la confusión del momento todos se apelotonaban pugnando por ganar la puerta para escapar. Evidentemente no se trataba de ninguna broma. Los músicos, abandonando sus asientos, corrieron a parapetarse tras el piano. Los Merrick fueron separados a empujones antes de que entre ellos mediara ninguna explicación.

Grey, con el rostro descompuesto al verse perdido, avanzaba hacia la salida, gritando como un poseído:

—¡Paso! ¡Paso!

Richard Merrick había logrado zafarse del turbién humano y sacar la «*Parabellum*». Se encontraron los dos frente a frente, en medio de la habitación, a menos de seis pasos de distancia.

El agente del

F. B. I.

hizo fuego sin vacilar. No podía exponerse a que el criminal perdido por completo el control de sus nervios, causara alguna víctima inocente.

Leslie, alcanzado en el vientre, se dobló lentamente hacia adelante con un gesto de dolor. Aún tuvo tiempo de apretar el gatillo, pero el arma se escurría ya de entre sus dedos y la bala fue a incrustarse, inofensiva, en la alfombra.

Todo había ocurrido en cuestión de segundos. Red Morrison comprendió que la inesperada reacción del hierático Grey lo estropeaba todo. No veía solución. En un esfuerzo desesperado

intentó escapar, ayudado por el terrible revuelo, mezclándose entre la gente que abandonaba precipitadamente la cámara. Ganó la cubierta...

Después de haber inutilizado al secretario, Richard paseó por la estancia una rápida mirada. La muchacha que estuviera con Grey se había desmayado. En un rincón, Virginia Cleve, con una terrible expresión de angustia en sus hermosos ojos, pero serena, se arrodillaba junto al cuerpo de Steve Leuman. A Morrison no se le veía.

De dos saltos se plantó ante la puerta en la que luchaban por salir los últimos invitados a la trágica fiesta. Se interpusieron ante él Reginald Merrick y un señor fornido, de pelo canoso. Richard conocía muy bien al inspector de policía Culp.

—Un momento, joven. Va a tener que explicar...

Sin dejarle acabar la frase, Richard extrajo del bolsillo la placa y el carnet de agente federal, que puso ante los ojos de los dos hombres.

El comisario se limitó a murmurar:

—¡Diablos!

Reginald Merrick no pudo ni hablar. Una expresión indefinible apareció en su rostro.

—Haga el favor de cuidar de que nadie abandone el barco, inspector...

Por cubierta corrían algunos marineros dando grandes voces, sin explicarse la causa de aquel tumulto y de los disparos. Aumentó el desconcierto al disparar Richard tres veces seguidas, al aire, su pistola.

—¿Han visto a Morrison?

Nadie le contestaba. Algunos le miraban horrorizados, creyendo estar en presencia de un loco.

—¡Allí! ¡Mire!

Uno, algo más sereno, señalaba con el índice en dirección a popa.

Ayudado por un marinero, Red Morrison estaba tratando de botar al agua una pequeña canoa. Richard corrió hacia él.

—¡Alto, Morrison! ¡Alto, o disparo!

El criminal, de un limpio salto, franqueó la borda y su cuerpo se hundió en el vacío. Poco después se oía el ruido que producía al

chocar con el agua.

Despojándose rápidamente de la chaqueta y de los zapatos, Richard saltó tras él.

Se escuchaba ya el rumor inconfundible de los motores de las lanchas rápidas acercándose al yate entre un ulular de sirenas.

Perseguido y perseguidor nadaron un buen trecho, a la luz de la luna. Merrick, más joven, y a pesar de su gran debilidad, iba ganando poco a poco terreno. Su mayor anhelo era coger vivo al asesino, que de vez en cuando volvía la cabeza observando los progresos de su enemigo.

A unas quinientas yardas del yate, Richard había conseguido, en un «crawl» impresionante, ponerse a la altura del bandido.

Se enzarzaron en una lucha espantosa. No valían de nada las armas de fuego. Tan sólo las manos, las piernas y en ocasiones hasta los dientes, funcionaban frenéticamente...

En el barco, la presencia del inspector jefe del F. B. I.,

acompañado de numerosos agentes, había hecho renacer la calma. Estropeada la cena, los invitados se hallaban reunidos en la cámara con la tripulación, detenida provisionalmente.

El inspector Culp fue explicando a su colega todo lo ocurrido. Una de las lanchas salió rápidamente hacia el lugar por el que se suponía nadaban Morrison y Richard. El potente reflector iluminaba perfectamente las tranquilas aguas.

—¡Ahí están! —exclamó, excitado, uno de los agentes que la tripulaba.

Richard Merrick nadaba en dirección a la canoa con un solo brazo. Con el otro arrastraba por el cabello el cuerpo inconsciente de Red Morrison, puesto fuera de combate mediante un potente gancho en la mandíbula.

Al regresar al yate, Richard empezó a darse cuenta de lo enormemente cansado que estaba. Una terrible fatiga física y mental le invadía por completo.

—Mi enhorabuena, Merrick —exclamó el inspector jefe tendiéndole la mano—. Nunca creí que este caso se resolviera tan rápidamente.

—Gracias, inspector. Encontrarán tres cadáveres en una calleja del barrio de Queens, próxima a Junius Street. No sé cómo se llama

—explicó detalladamente la situación del edificio—. Son los asesinos de Crowley y también los que ametrallaron el coche de aquel detenido, matando a dos de los nuestros. Y supongo que habrán hallado otro cadáver en el East River Park.

El inspector hizo un gesto de asentimiento.

—Uno de los botes salvavidas está lleno de fardos que contienen drogas. Estoy muy cansado, señor. Si no le importa hablaremos mañana.

—Ya lo creo. Todo esto queda ahora en mis manos. Ya nos informará de los detalles. Uno de los heridos desea hablarle, Merrick. Está muy mal.

Todos los reunidos miraban con admiración a Richard cuando el joven se acercaba al fondo de la estancia, donde Steve Leuman, colocado sobre un sofá, agonizaba. Al ver a su amigo, los ojos del moribundo parecieron volver a la vida. Virginia Cleve estaba junto a él, llorando.

—Hola, Richard. Me alegro de... —Era muy débil la voz de Leuman. Casi no se le oía— que estés... vivo. Yo... siento mucho...

—No te fatigues, Steve. Procura descansar.

—Enseguida... descansaré del todo. La mala vida... ya ves a lo que... conduce. Hiciste muy bien... en ingre... sar en el...

F. B. I.

Aquí... en el yate... en el despacho de Morrison... encontrarás documen... tos.

Un gesto de dolor crispó las facciones del moribundo. Sus ojos se vidriaron, mientras su mano derecha tanteaba el aire como buscando algo. Sin duda ya no veía.

Comprendiendo su deseo, Richard cogió la mano de Leuman entre las suyas. Sólo un momento. Una sonrisa de agradecimiento fue lo último que vio en el rostro del hombre que había sido su amigo.

Le cerró los ojos. A pesar de todo, sentía una gran sensación de angustia ante la muerte de Steve. Pero tal vez para éste había sido lo mejor.

Virginia Cleve se acercó a él, mirándole con lágrimas en los ojos.

—Richard... —murmuró—. Es horrible. Quién iba a pensar que el pobre Steve fuese un... criminal, y...

—Y que yo fuera un policía, ¿verdad? —La sonrió,

cariñosamente—. Olvidalo, Virginia. Ha debido ser una escena muy fuerte para ti.

—¿Por qué no me dijiste...?

—No podía, pequeña. Pero en cambio te diré ahora otra cosa: te quiero.

Los ojos de Virginia resplandecieron.

Por detrás, una mano se posó en el hombro de Richard.

Se volvió, sonriendo también.

—¡Hijo!

—¿Qué hay, papá? Me parece que os he estropeado la cena. ¿Por qué no me acompañáis a casa para que me seque y me cambie de ropa? Luego podríamos tomar algo los tres y de paso... hablar de una boda.



EDITORIAL ROLLAN

en su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras *inéditas* de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS DE HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en offset a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo, y al precio ínfimo de CINCO pesetas.

COLABORADORES DE

NOVELISTAS DE HOY

Ignacio AGUSTI, Pío BAROJA, Tomás BORRAS, Fernando CASTAN PALOMAR, Camilo José CELA, Francisco de COSSIO, Dario FERNANDEZ-FLOREZ, Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ, Alberto INSUA, Carmen LAFORET, Alvaro de LAIGLESIA, Rafael LOPEZ DE HARO, José MONTERO ALONSO, José María PEMAN, Manuel POMBO ANGULO, Juan PUJOL, Felipe SASSONE, Francisco SERRANO ANGUITA, Luis Antonio de VEGA, José Antonio de ZUNZUNEGUI y otros autores famosos.

1.º CENTENARIO TRIUNFAL del

F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebra cumplidamente
la publicación del número 100 de su magnífica
e inigualable

Colección F. B. I.

y hace partícipe del éxito a sus lectores asiduos,
brindándoles la mejor novela que nunca se ha
editado, con las siguientes características:

Título: YO, DIRECTOR del F. B. I.

Autor: ALF MANZ

Presentación: DIBUJO EN CUBIERTA COMPLETA Y A TODO COLOR.

Páginas: DOSCIENTAS VEINTICUATRO.

Precio: OCHO PESETAS.

**Tema: LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y
AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I.,
JOHN EDGAR HOOVER, DES-
CRIBIENDOSE FIEL Y EMOTI-
VAMENTE EL FUNCIONAMIENT-
TO INTERNO DEL F. B. I.**

ADQUIERA EN QUIOSCOS Y LIBRERÍAS EL GRAN
EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INVOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

+ +

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

